

**P. MICHAEL CASEY, OCSO:
UN MAESTRO DE MONJES PARA NUESTRO TIEMPO.
TESTIMONIO**

Cuando me encontré por primera vez con Michael Casey¹ en nuestra Casa Generalicia de Roma, me sorprendió la mirada penetrante y sincera de un hombre sencillo y discreto. En realidad solo había leído algunas cosas de él, que me habían llamado la atención por su fina intuición y por la amplitud de miras al tratar diversos temas de espiritualidad e historia del monacato.

Después he ido siguiendo sus diversas enseñanzas a monjes y monjas en varios cursos, seminarios y conferencias. En Viaceli, en 1999, cuando se celebró una sesión del curso sobre “Instituto del Patrimonio Cisterciense”, al que no pude asistir pero sí seguir de cerca, vi que entre la bibliografía señalada para el curso había una referencia pedagógica importante a un par de libros sobre estudio y *metodología*, lo cual indicaba muy bien las pistas y el fundamento de la enseñanza a desarrollar.

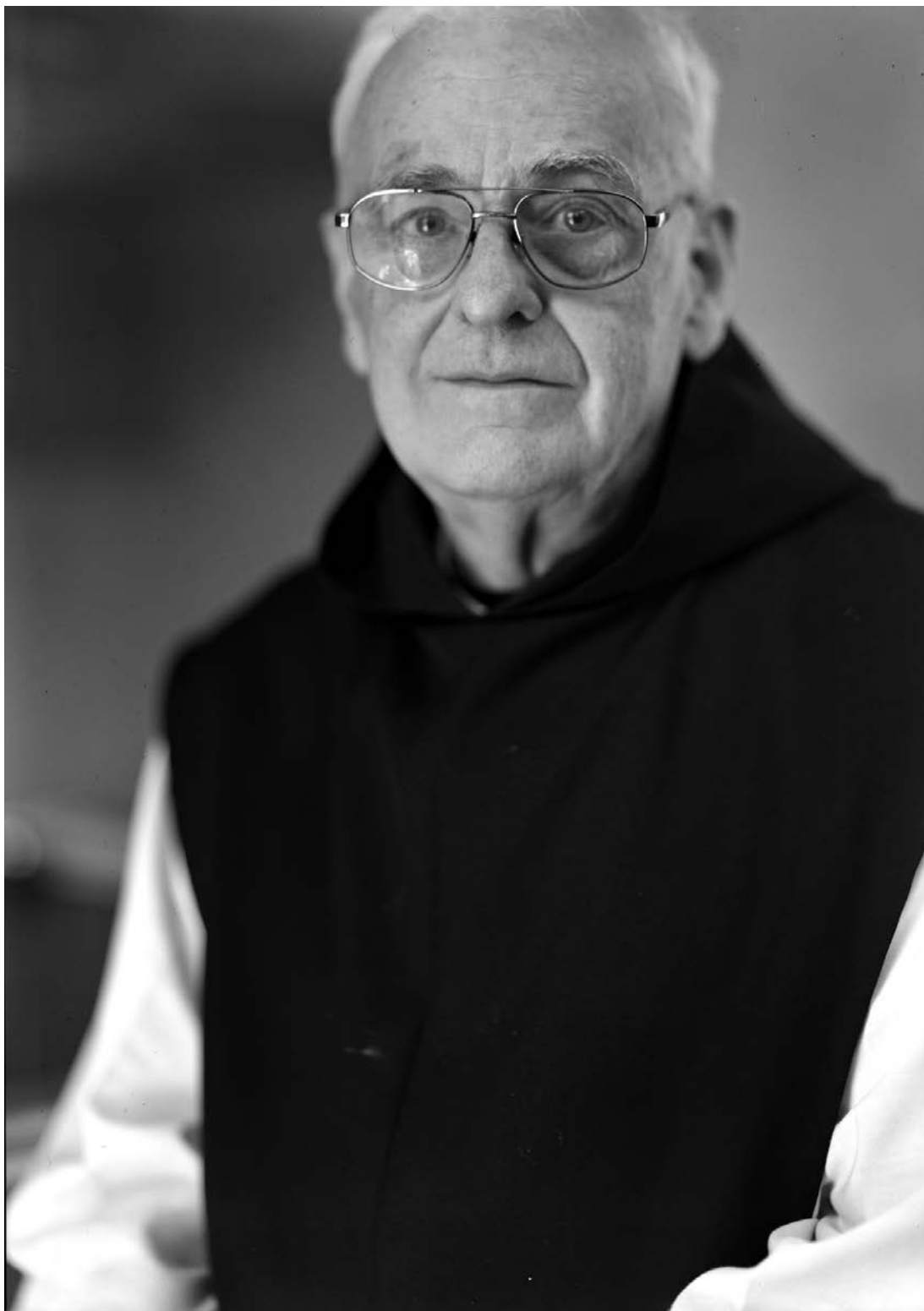
El modo de enseñar de Michael Casey produjo en los asistentes, al menos con quienes pude hablar, una gran impresión, yo diría que por tres causas principales:

- El modo realista y exacto de delimitar los temas de estudio.
- El acercamiento cordial a la realidad del auditorio.
- El implacable seguimiento de una metodología expuesta de antemano a los alumnos.

Años adelante, en 1999, traduje un texto del P. Casey, el n° 1 de un Boletín del “Instituto del Patrimonio Cisterciense”, titulado “Aprendizaje en el monasterio”. La verdad es que es un auténtico manual de metodología de estudio (y enseñanza). Es uno de los mejores trabajos que conozco al respecto, y me causó un gran impacto. Con frecuencia vuelvo sobre él y casi tengo memorizados algunos de sus párrafos. Este texto me ha dado la clave para entender y profundizar un poco en los escritos más densos y técnicos del P. Casey. El “aprendizaje

¹ Monje de la abadía de Tarrawarra, en Australia, nació en 1942 y es miembro de esa comunidad desde 1960. Es un pensador, escritor y conferenciante de fama internacional. Esta entrevista le fue realizada con motivo del jubileo de sus 50 años de profesión monástica. Así, pues, ingreso en Tarrawara el 2/2/60; tomó el hábito de novicio el 13/3/60; profesión temporal: 17/3/62; profesión solemne: 17/3/65; ordenación sacerdotal: 15/6/68; 1971-1973 estudios en la Universidad Católica de Lovaina (MA and STL); 1980: se gradúa con el título de Docto en Teología en el Melbourne College of Divinity; desde 1983 a 1987 desempeña un exitoso trabajo de redacción de las Constituciones y Estatutos para la OCSO, que se discutieron en varios Capítulos Generales y se aprobaron finalmente en 1990. Desde 1988 a 2002 fue Prior de su comunidad, y Maestro de juniors desde 1998 a 2015. Celebró el Jubileo de su profesión monástica el 17/3/1012.

heurístico” que propone el P. Casey no solo es válido para un individuo, sino para sustentar el programa de formación permanente de toda una comunidad.



Cuando me llegó la noticia del Jubileo del P. Casey pensé en un trabajo por mi parte que recopilara un poco su itinerario bibliográfico; pero la verdad es que en español no se ha publicado mucho de su vasta producción literaria. Eso me llevó a pensar en comprometer a mi personaje en algo que no sabía si le agradaría mucho (pero que a mí me facilitaría enormemente el trabajo). En fin, expuse al P. Casey la idea de someterlo a una entrevista personal. Yo le enviaría unas preguntas a las cuales él debería responder. Las preguntas las confeccioné tratando de examinar y ajustarme a la personalidad del personaje a entrevistar.

La amable respuesta del P. Casey a mi demanda me animó a considerarme afortunado, en primer lugar porque creo que el texto es de un gran valor monástico, pedagógico y ejemplar. En segundo lugar porque me hacía poseedor de una especie de autobiografía intelectual del P. Casey.

Creo que la tarea pedagógica del P. Casey realizada a lo largo de más de veinticinco años, dada su universalidad y profundidad, no tiene parangón en la historia de la literatura monástica moderna (otra cosa diferente es la importancia que cada uno le haya dado). A mí, personalmente, había tres aspectos que me llamaban profundamente la atención:

- La habilidad para saber modernizar la tradición monástica abriendo con manos de experto las puertas no solo de textos antiguos, sino de situaciones y conceptos de esa tradición a los que pocos había llegado con tanta decisión de hacerlos útiles y ejemplares para los monjes de hoy.
- La satisfacción personal del P. Casey en tratar unos temas que habían llegado a causarle profunda admiración por su valor objetivo y por su valor ejemplar para un monje de hoy, zarandeado por corrientes culturales muy diversas de siglos anteriores, especialmente los de la Edad Media.
- El afán por la claridad y la organización de un pensamiento sistemático que manifestara las virtualidades de los textos (y de sus propias clases) a un paradigma en clave de modernidad y asequibilidad para todos, sin dedicarse solamente a mentes privilegiadas o ya iniciadas en los vericuetos de la tradición monástica.

No me hubiera resultado muy difícil, aunque sí costoso, elaborar un resumen del pensamiento y los temas principales recogidos en los muchos escritos del P. Casey. Pero, como dije antes, me decidí por otro camino. Creo que los resultados han sido mejores. El resumen de la “entrevista” que presento a continuación me parece que será más útil para el lector que un trabajo mío (que, en realidad, vendría a decir lo ya dicho por el P. Casey, pero con menos claridad y brillantez); así que dejo al lector que se adentre en unas aguas que le causarán una profunda satisfacción y placer.

Sin ninguna presunción, creo que este modo de acercamiento a nuestro personaje puede invitarnos a realizar algo similar con otros escritores y pilares de nuestra tradición monástica, de los que quizá solo conozcamos ideas sacadas de sus escritos, pero sin llegar a veces a la realidad existencial que ellos vivieron, a las raíces y fundamentos de su formación humana y literaria, a sus propósitos más personales e íntimos a la hora de enseñar y manifestar su pensamiento.

Finalmente, creo sinceramente que si alguna lección he podido sacar de mi aportación y puedo transmitirla a otros, el lector la descubrirá pronto por sí mismo, y seguro que leerá con

agrado e interés u testimonio sincero y profundo de un gran educador monástico.

- La metodología y el trabajo ofrecidos por Michael Casey abarca una perspectiva a la vez tradicional y moderna, tratando siempre de ajustarse a la problemática y evolución del monasticismo en su historia, de la espiritualidad monástica en su evolución y de los aspectos de la cultura moderna.
- Su aportación intelectual bien puede ser considerada como una piedra miliaria o hito en los estudios monásticos y exposición de la tradición cisterciense, revistiendo sus escritos y exposiciones orales con un ropaje estilístico y de contenido muy rico en aportaciones personales, que indican el alto grado de asimilación del maestro y el enorme esfuerzo desarrollado para llegar a sus alumnos y hacerles comprender las materias explicadas.
- El P. Casey sabe muy bien cómo infundir en sus trabajos la sabiduría de una persona sabia que con gran perseverancia en el estudio nunca pierde de vista el objetivo final de su enseñanza: hacer que el discípulo, o el lector, descubra y ame el tema expuesto, de modo que llegue a descubrir el compromiso con los textos y la propia vida, transformando su saber en conocimiento asimilado por el corazón.

Hemos seleccionado una serie de preguntas planteadas al P. Casey, y esperamos que en sus respuestas el lector encuentre y disfrute de las claves para entender toda una vida dedicada a la búsqueda del sentido del patrimonio y de la vida monástica y cisterciense.

Pregunta 1

¿Cuándo empezó a escribir?

¿Tiene recuerdos de cómo se sentía entonces?

Creo que los elementos de mi capacidad para la escritura son los que describo a continuación.

Primero de todo tengo un gran amor por el saber y por nuevos conocimientos. Segundo, estoy dotado de muy buena memoria; y así lo que entra en mi mente parece que permanece allí durante mucho tiempo y está disponible para recordarlo siempre que quiera. Tercero, la forma en que mi mente funciona parece tener la habilidad de poner juntos elementos dispares de información, de manera que a menudo hay conexiones originales en mi pensamiento que llevan a conclusiones sorprendentes. Una vez que he llegado a ese punto, entonces se hace imperativo para mí ser capaz de expresar lo que está en mi mente de forma lo más clara posible; quiero decir, de un modo que corresponda a lo que estoy sintiendo y pensando de un modo muy personal y original. Este es el esquema básico que utilizo como escritor.

Cuando digo que tengo un gran amor por el saber no quiero decir que tenga ambición de llegar a ser una enciclopedia ambulante. Lo que siempre he deseado es conocimiento existencial o experimental. Lo que estoy buscando es una verdad que me ayude a encontrar significado a mi propia vida y mi propia experiencia. Supongo que se podría llamar sabiduría más que ciencia aunque esto me parece un modo más bien ostentoso de describir mis propias aspiraciones. En cierto sentido, toda la actividad a lo largo de mi vida por aprender me parece un poco como un rompecabezas. Al contrario que la mayoría de la gente yo no empiezo por los bordes, sino que primero edifico pequeñas islas de conexión en puntos diferentes dentro de un todo. A medida que voy por la vida estas islas se agrandan y se acercan más unas a

otras hasta que eventualmente empiezan a juntarse. Porque no hay bordes, las fronteras de mis pensamientos están siempre en expansión.

No sé exactamente dónde terminará todo. Parece que una cosa lleva a la otra y todo el conjunto de mi propio pensamiento y filosofía se están continuamente expandiendo. De alguna manera parece tener sentido. De algún modo cada parte de lo que conozco se adhiere, complementa, apoya y sostiene las otras partes.

Respecto al hecho de producir texto, tengo que decir también que la tecnología ha jugado su parte. Un cambio de escuela entre los tres y cuatro años me pilló en un periodo muy formativo entre dos modos diferentes de tratar la escritura. Como resultado siempre he sido mal escritor a mano y lo que he producido nunca ha sido origen de gran satisfacción para mí. Todo cambió cuando pude tener a mi alcance una máquina de escribir. La claridad de la página expresaba, sentía yo, la claridad del pensamiento que yo trataba de poner en ella. Desde 1986 he estado usando un ordenador y, claro, esto me ha llevado a una mayor facilidad a la hora de escribir y revisar. Puedo cambiar palabras de un sitio a otro, modificar la gramática y sintaxis para asegurarme de que lo que estoy escribiendo expresa realmente lo que quiero decir.

Por lo que yo sé, no escribí mucho cuando era niño, aparte de lo que teníamos que hacer como deberes colegiales; tengo que decir que el inglés fue siempre una de las asignaturas donde yo era bueno. Nunca he sido un ferviente confeccionador de diarios. De vez en cuando uso una especie de entrada de diario como medio para clarificar mi propio pensamiento sobre lo que está pasando dentro de mí. Pero nunca he mantenido un diario de forma regular. A veces pienso, y que se diga como excepción, que escribir muchos diarios destruye el estilo personal, por ser este tan subjetivo e introspectivo que cesa de ser comunicación objetiva con el mundo de fuera. Esto es especialmente así cuando el diario se transforma en una especie de recuerdo de una corriente de consciencia.

Cuando entré en el monasterio no escribía más que los demás; pero supongo que el despertar de mi interés por escribir para publicación llegó durante los tres años dedicados al estudio de filosofía. Realmente disfruté la comprensibilidad, la claridad y la lógica de la filosofía escolástica. Lo disfruté tanto que empecé a tratar de buscar más posibilidades en lecturas de fuera; y, así, leí el libro *Insight* de Bernard Lonergan². Un logro que me llevó dos años. También leí unos cuantos de Karl Rahner. El mundo de reflexión que abrieron para mí estos dos grandes pensadores fue maravilloso; pero crearon caos en mi prosa inglesa. Cualquier cosa que escribiera en ese tiempo se convertía en algo inexorablemente complicado. También me resultó difícil componer frases simples, porque había muchas aclaraciones y definiciones para ser compuestas incluso en un simple comentario. Así que decidí que tenía que hacer algo para aligerar mi estilo de escritura y volverlo a llevar al nivel de facilidad del que siempre había disfrutado.

Empecé, pues, a hacer reseñas de libros para el periódico católico local. A través de los años siguientes debí hacer 70 o 80. Esto produjo el darme simplemente la oportunidad de escribir lo que realmente pensaba y sentía, sin preocuparme demasiado por definiciones exactas y sin la necesidad de hacer frases largas y complicadas.

La publicación es una droga adictiva; al menos eso me parece a mí. Es un deleite ver en papel lo que ha originado dentro de uno mismo. Así, pues, esas sencillas y pequeñas

² BERNARD LONERGAN, *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*, Ed. Sígueme, Salamanca 2004. También en español, de este mismo autor: *Filosofía de la educación*, Ed. Universidad Iberoamericana, 2008; *Conocimiento y aprendizaje*, Eclipse Libros, 2001; *Método en Teología*, Ed. Sígueme, Salamanca 1988. [N. del T.].

recensiones me produjeron el gusto de hacer algo un poco más complicado.

En los años 1960 el P. Basil Pennington empezó *Cistercian Publications* y estaba buscando traductores. Mi abad parecía considerar que yo era el único candidato posible en la comunidad, y por eso envió mi nombre a Basil Pennington. Mi primera experiencia en traducción fue la *Apologia*, de Bernardo de Claraval. Realmente me encantó y me encantó la investigación que era necesaria para poder acompañar mi traducción con notas adecuadas. Este fue mi primer trabajo publicado como parte de un libro. Desde 1969 en adelante también estuve implicado en la docencia y esto me dio la posibilidad no solo para la investigación de lo que estuviera enseñando, sino también para los envíos y preparación de cierto tipo de notas para distribuir a los estudiantes. Así me convertí, más o menos en un hombre de letras. En 1971 ya era el fundador y editor de nuestra revista australiana benedictina, *Tjurunga*.

Desde 1971 a 1973 estudié Escritura en Lovaina. Fue una experiencia reveladora para mí. Estaba empeñado no solo en el trabajo que era necesario para mi tesis en Escritura, sino también en otros muchos temas que estaban, estrictamente hablando, fuera del ámbito inmediato de mi especialización. Era un tiempo en el que mi enfoque intelectual fue irreversiblemente mejorado. Fue allí donde empecé a escribir unos cuantos artículos sobre temas monásticos. Fueron publicados inicialmente en nuestra revista australiana, *Tjurunga*. Desde los primeros años 1970 en adelante crecía el interés por publicar mis artículos en bastantes otras revistas; pero no fue, sin embargo, hasta más tarde, en los años 1980, cuando fueron publicados mis primeros libros, cuando ya había terminado mi tesis doctoral sobre el deseo de Dios en Bernardo de Claraval en 1979.

Creo que es más o menos todo lo que se puede decir sobre el comienzo de mi carrera de escritor. Al menos, es todo lo que me viene a la mente en este momento.

Pregunta 2

Cuando empezó la vida monástica, ¿se le ocurrió alguna vez que eventualmente llegaría a ser un monje escritor?

La respuesta breve a esa pregunta es no. Desde una edad muy temprana tuve un fuerte sentido de vocación, pero era una vocación que durante muchos años no tuvo definición. Cuando por casualidad tomé contacto con el monasterio de Tarrawarra, de repente me di cuenta de que esto era lo que yo había estado buscando todo el tiempo. No sabía realmente mucho sobre la vida monástica, pero me sentía atraído por la sacralidad del lugar, y mi intuición fue que era allí donde Dios quería que estuviese. Poco después de entrar, mi cuñada me ofreció algunos de los libros de Merton para que los leyera y estuviera mejor informado sobre dónde iba a entrar. Mi respuesta fue “lo descubriré bastante pronto”. En otras palabras, yo no sabía casi nada sobre la vida monástica cuando entré. Entré porque estaba convencido de que era a esta vida a la que Dios me estaba llamando. No sentía que hubiera necesidad de definir los parámetros de mi propia carrera futura.

De hecho yo no me defino, aún ahora como un monje-escritor. Me considero simplemente un monje, quizá un monje que sucede que escribe en este momento de su vida. Claro que no siempre ha sido así. Durante mi día doy prioridad a la observancia monástica: estoy presente en todos los oficios y en todos los demás actos de comunidad, me ocupo de una variedad de trabajos que aumentan o se reducen dependiendo de los requerimientos de la estación y los de cualquier otro día. Una de las grandes bendiciones que he disfrutado durante los últimos 30 años, más o menos, es tener un despacho aparte de mi celda. Cuando escribo solo lo hago en el despacho. En general, voy al despacho durante el periodo de trabajo matinal y si la oportunidad se da, por la tarde; pero en modo alguno soy un escritor a tiempo

completo. De hecho, los miembros de mi propia comunidad no se refieren a mi como escritor, ni me hacen ninguna concesión especial en ese sentido. A veces creo que consideran mi escritura como una especie de vicio privado, como si yo fuera un bebedor secreto. Todos lo saben; pero son demasiado corteses como para mencionarlo y mucho menos participar en ello. Cuando un libro nuevo mío aparece y se pone en la biblioteca nadie lo menciona. No se si alguien lee lo que escribo, sea libro o artículo, pero tengo que aceptar que esto es parte de cómo opera una comunidad.

Lo que escribo está hecho, en su mayor parte, como respuesta a otros; algunas veces la gente me pide que dirija un programa sobre un tema en particular. El modo en que me preparo es escribiendo un artículo sobre ese tema. No les leo el artículo. Les hablo sobre él y presento el tema de forma más pedagógica y fácil de utilizar; pero el artículo forma una parte importante de mi propia preparación y, eventualmente, lo publicaré en alguna parte. Algunas veces esto es muy excitante. Otras veces me piden que prepare un programa sobre un tema particular sobre el que sé muy poco y que no he considerado previamente. Esto significa que tengo que hacer una gran cantidad de trabajo leyendo, pensando, experimentando con la forma de plantear el tema y, por lo tanto, no es solo algo nuevo lo que finalmente imparto, sino también un viaje de exploración para mí mismo. Es otra isla que ha empezado a formarse en el rompecabezas.

Debería decir también que mi carrera literaria, tal como es, ha sido complementada por mi contacto con la gente. A veces ha sido con comunidades monásticas de diversas partes del mundo, otras con personas individuales. Estos contactos me ha proporcionado una nueva agenda. Me han abierto los ojos a cuestiones, asuntos y aspectos de cuestiones y asuntos que no había considerado previamente y me daba la oportunidad de probar mis pensamientos en otra gente y ver sus reacciones y respuestas y recibir comentarios de ellos. Escribir es por naturaleza una actividad muy solitaria. Sin este intercambio con gente cualificada se puede llegar a estar un poco separado de la realidad. He tenido suerte de que mi trabajo en monasterios de todo el mundo me ha proporcionado incentivos y oportunidades para explorar aún más las cuestiones más cercanas a mis propios intereses.

Más tarde en mi vida he encontrado que tengo un poco más de libertad para seguir las líneas de investigación que se corresponde a mis intereses presentes y que son personalmente gratificantes. Con tiempo, los puedo gestionar de un modo u otro, bien en charlas que doy o en una homilía, o en publicaciones de una clase u otra. Después de 50 años o más trabajando en el campo de espiritualidad monástica y autores monásticos siento que tengo derecho a expresar mis opiniones como también ofrecer los resultados de mi investigación.

Realmente no me gusta la idea de que me llamen “monje-escritor”, especialmente si tiene un guión entre las dos palabras. Creo que preferiría la expresión “un monje que escribe”. Aún mejor, “un hombre de letras”, porque me encantan las palabras (al menos cuando todo va bien), pero no me defino yo así.

Mi libro sobre San Bernardo, *A Thirst for God*³ (*Sed de Dios*), ha sido traducido dos veces al francés en Canadá; pero ninguna ha visto la luz del día, por lo que yo sé. Al P. Graham Touchie, de Ntra. Sra. del Calvaire (Rogersville), le pidieron que revisara una de las versiones. Antes de hacerlo leyó la original en inglés y confeccionó una lista de las

³ MICHAEL CASEY, OCSO, *Athirst for God. Spiritual Desire in Bernard of Clairvaux's Sermons on the Song of Songs*, ISBN: 978-0-87907-277-3; Cistercians Publications, Kalamazoo, 1986 [N. del T.].

características de mi voz literaria, las que una verdadera traducción debe mantener. Me la envió; y cuando se la leí a dos de mis hermanos mayores que estaban de visita, se cayeron de risa, porque pensaron que era auténtica.

He aquí el texto que me envió, por si sirve de algo.

Siete rasgos de la “voz literaria” de Michael Casey:

1. UN MUNDO CONFLICTIVO. El mundo está, como si dijéramos, en su cara; no está excluido en sus conflictos y preocupaciones, sino que él planta cara a esos aspectos del mundo, tratando de ahondar más en ellos. El riesgo a equivocarse ensombrece un tanto lo que está a su alrededor. Podemos oír también, si escuchamos atentamente, una melancolía silenciosa; sin embargo, al mismo nivel que la escritura hay una esperanza silenciosa. Ve un mundo complicado, pero donde él se mueve con claridad y resolución. Tiene un ojo y un temperamento críticos que le sirven bien. Los seis rasgos siguientes tienen su origen en este. El mundo es un lugar maravilloso y también un lugar amenazador.
2. UN SENTIDO DEL HUMOR CONTENIDO.
3. EL CONOCIMIENTO COMO AVENTURA.
4. AUSENCIA DE SENTIMENTALISMO APASIONADO.
5. INCLINACIÓN POR EL ORDEN LITERARIO... Y DESCONFIANZA DEL MISMO.
6. IMPULSO HACIA LO CONCRETO Y LO PRÁCTICO.
7. PERMANENTE PREOCUPACIÓN POR IMPARCIALIDAD.

Pregunta 3

¿Hubo alguna influencia decisiva, algún caso o persona, que le empujaron a estudiar a fondo y escribir sobre la herencia cisterciense? ¿Cómo era la formación monástica cuando entró en el monasterio?

E ntré en el monasterio el 2 de febrero de 1960. Creo que fue en 1963, siendo joven profeso, cuando empecé a adquirir un intenso interés por Bernardo de Claraval. Él fue mi primer paso de entrada al patrimonio cisterciense. Los principales héroes de mi maestro de novicios eran san Francisco de Sales, santa Teresa de Lisieux y, por supuesto, el abad Dom Marmion. San Bernardo no era exactamente un favorito de los mayores de la comunidad, aunque el abad de la casa madre, Dom Camillus Claffey, era un entusiasta de san Bernardo, habiendo escrito incluso un pequeño devocionario sobre san Bernardo. Esto tuvo el efecto de llevar a todos los monjes en dirección opuesta. Ninguno de ellos quería saber nada de san Bernardo.

Lo que pasó, si bien recuerdo, fue que me sentí atraído en gran medida por la lectura en el oficio de vigilia del *Memorial del Sábado de la Bienaventurada Virgen María*. Fue la famosa lectura del tratado de san Bernardo *Missus est*, en el versículo “Mira a la Estrella”. Decidí en ese momento que deseaba leer más. Saqué de la biblioteca el libro del P. Bernard Martelet, de Sept-Fons, *Saint Bernard et Notre Dame*. Este contenía todos los textos bernardianos sobre Nuestra Señora con el latín en una página y el francés en la otra. Esta fue mi iniciación para leer Bernardo en latín.

Desde entonces continué leyendo los escritos de san Bernardo y a extender gradualmente el foco de mi atención para incluir otros escritos de los Padres Cistercienses. Este no era mi interés principal por aquel tiempo. En aquella época de mi vida lo que más me

atraía era el estudio de la Escritura. Había querido aprender griego; pero el Abad, que era también el maestro de juniors, era muy contrario a ello. Quizás mi atracción estaba inventada por su oposición. Seguí insistiendo en el tema y, por el momento, cedió y me permitió empezar a aprender griego por mi cuenta. Después de más o menos un año había adquirido suficiente facilidad con el griego para poder empezar a leer el Nuevo Testamento. Luego empecé con el hebreo y al año siguiente con el alemán. Esto significó que, con latín y el francés que tenía de mis años escolares, tenía ya un buen cimiento para el futuro estudio de la Escritura. Estoy muy contento de haber tenido la energía en aquellos días cuando el cerebro estaba aún funcionando a tope como para adquirir estos idiomas. Me son más útiles que cualquier otra cosa que haya hecho a través de los años. Es una gran bendición ser capaz de leer el Nuevo Testamento en griego y a los Padres Cistercienses en latín.

Mi experiencia de leer a los Padres Cistercienses es que una cosa siempre lleva a otra. Lees un libro y te sientes obligado a ir a otro y, atraído por él, empiezas a leer un poco más. Así, gradualmente, uno empieza a moverse libremente a través de todo el patrimonio cisterciense. No es como si yo quisiera adquirir un dominio en este área. No creo que llegue a alcanzar nunca un gran nivel de especialización. Cada vez que empiezo a leer o releer un texto de esa época descubro algo nuevo, descubro qué poco sé sobre ello y cuánto más hay que descubrir. Todo es bastante excitante. Nunca encontré el estudio de los Padres Cistercienses en modo alguno aburrido, excepto, tal vez, Guillermo de St. Thierry.

Por entonces también estaba leyendo a los Padres de la Iglesia. Es muy difícil trazar una línea divisoria entre el ámbito del patrimonio cisterciense y el de los escritos de los Padres de la Iglesia particularmente de los de la iglesia occidental.

Como en todo lo demás que me ha acontecido en mi vida intelectual, muy a menudo entro en un nuevo tema porque me han pedido hacer un programa sobre el mismo. Antes de presentarlo necesito familiarizarme con lo que se supone que debo decir. En cierto sentido siempre voy uno o dos meses adelantado a aquellos a quienes estoy enseñando; aunque, quizás puede que tenga un contexto mejor para comprender el nuevo material que los que están empezando.

Cuando ingresé en el monasterio en 1960 la formación seguía un modelo de aprendizaje básico. Esto es lo que hacemos, hazlo y todo irá bien. No hagas demasiadas preguntas porque, como a menudo decía mi maestro de novicios, un tonto puede hacer preguntas que un hombre sabio no puede responder. Había estudios especiales después de los votos temporales. Eran los más o menos requeridos por el Derecho canónico, ya que en aquellos tiempos la mayoría de los monjes de coro eran destinados al sacerdocio y para ser ordenado tenías que tener varios años de estudios apropiados. En realidad eran mínimos y muy poco profesionales; aunque cuando yo empecé, sin embargo, en 1963, empezaron a volver de Roma hombres con estudios de licenciatura que tenían más que ofrecer; un método más riguroso, mejor contenido y muchísimo más entusiasmo. Hasta entonces los estudios habían parecido ser secundarios al trabajo principal del monasterio, pues el trabajo manual gozaba de un mayor prestigio.

Los últimos dos años de mis tres años de filosofía realmente suscitaron mi interés y me dieron una base sólida para la mayor parte de lo que he pensado desde entonces y durante 50 años. La teología moral era sólida y romana, con una buena carga de utilidad, aunque no precisamente emocionante. La teología dogmática estaba bastante orientada a las Escrituras y patrística, aunque el que la enseñaba era desesperante, propenso a perseguir cada pista falsa que le salía al paso. Por ejemplo, enseñando a los novicios la historia monástica se descubrió

que después de un año de clases aún no había llegado al monacato cristiano. Enseñaba sobre Qumran y el teorema de Pitágoras, ensalzaba las tradiciones monásticas de Asia oriental, porque estas eran las cosas en las que él estaba interesado. Creo que nunca pensó en lo que podía ser de utilidad a los que empezaban, lo que pudiera ser de ayuda a sus propias vidas monásticas, lo que pudiera ser instructivo para iniciarlos en la tradición monástica.

Como no teníamos a nadie que estuviera cualificado en Escritura por aquel entonces, las clases de esta materia eran dirigidas por profesores de fuera: un padre del Sagrado Corazón y un Dominicano.

La biblioteca, según recuerdo era más bien pobre, aunque este caso era bastante común en los monasterios de aquella época, especialmente en nuevas fundaciones. Éramos bastante pobres económicamente durante los primeros diez a quince años de nuestra existencia y comprar un libro, un solo libro, no era cosa para ser considerada ligeramente. Dependíamos mayoritariamente de regalos y de lo que se nos había dado en el momento de la fundación, aunque como éramos la segunda fundación hecha por Mount St. Joseph, la cantidad de libros que nos podían dar no era grande. La distancia a la que tenían que ser enviados también contaba.

Cuando Dom Gabriel Sortais, a petición de las autoridades romanas, empezó a insistir en un mayor rigor intelectual en la formación de jóvenes monjes, especialmente en aquellos destinados al sacerdocio, las cosas empezaron a cambiar. Yo me beneficié de esta iniciativa. Dom Kevin, nuestro primer abad era, como muchos irlandeses, gran amante de la educación y así empezó a mandar a la mayoría de jóvenes australianos a estudiar en el extranjero. Cuando llegó mi turno fui informado por los dos estudiantes que ya estaban en Roma de que no fuese allí, principalmente porque decían que vivir en el generalato era como vivir en una casa de locos. Era imposible darse completamente al estudio porque lo que quiera que se hiciese tenía que encajar dentro de un horario monástico poco realista. En un tiempo en que algunas universidades empezaron a tener sesiones de tarde y noche esto causó un gran barullo en el generalato; fue considerado inapropiado que los monjes estuvieran fuera por la noche. ¿Quién sabe donde podrían meterse? Y creo que había mucha discusión sobre si las puertas deberían estar cerradas y quienes podrían tener una llave. Todo esto resultó beneficioso para mí. Se decidió que yo no iría a Roma sino a cualquier otro sitio. Y así acabé en Lovaina. Allí encontré que el método, especialmente en el estudio de la Escritura, estaba mucho más en la línea que yo personalmente deseaba. Era muy riguroso, había mucha insistencia en tener un buen conocimiento del griego y el hebreo y se basaba mucho en estudiar textos. No era una forma de sacar conclusiones generales, devotas, o exégesis teológica del texto, sino algo mucho más científico y mucho más satisfactorio en lo que a mi concernía.

El tipo de metodología que aprendí en Lovaina me sirvió mucho para cuando llegué a leer, comprender, interpretar, enseñar y difundir los textos monásticos antiguos. Esto significaba una insistencia en la lectura minuciosa del texto, leyéndolos en el lenguaje original, leyendo ampliamente sus contextos inmediatos y remotos. De manera que veo en mis años de Lovaina una influencia fuertemente formativa en la forma que me acerco a las cosas, aún cuando la manera en que las presento ahora se deba probablemente más a mi propia personalidad y quizás a alguna de nuestras características nacionales.

Volviendo a mi propio desarrollo histórico, estuve leyendo a los padres cistercienses a lo largo de los años 1960 y aún conservo notas que fueron tomadas en ese tiempo y, para mi sorpresa, encuentro que a menudo los puntos que me atraían entonces son puntos de gran interés para mí aún hoy. Como ya he mencionado, cuando fui invitado a trabajar en la traducción de la *Apología* de san Bernardo fue cuando realmente empecé a acercarme a los

padres cistercienses de manera mucho más profesional. Lejos de secar mi devoción o mi entusiasmo llegué a ser más devoto; esto fue, como diría san Bernardo, como aceite sobre el fuego. Cuanto más los leía más entusiasmado estaba, cuanto más consciente era de su maravilloso conocimiento de la condición humana y de la dinámica del desarrollo del monacato ordinario tal y como yo lo he experimentado.

Cuando volví de Lovaina estuve principalmente ocupado en organizar una serie de cursos sobre Escritura para los monjes jóvenes, y estaba cada vez más implicado enseñando a grupos de fuera del monasterio sobre la oración. Aún seguía leyendo a los padres cistercienses, pero no estaba muy implicado en ellos profesionalmente, simplemente volvía a ellos de vez en cuando para sacar inspiración y material.

En 1976 tomé conciencia de estar un poco agobiado en el monasterio; así que lo que decidí hacer fue buscar algo que reavivara mi propio entusiasmo y refrescara mi vida. Obtuve permiso para empezar un doctorado y decidí hacerlo sobre san Bernardo. Pero no tuve realmente tiempo para hacerlo; aún tenía un número de tareas que desempeñar en el monasterio. Enseñaba Escritura, estaba a cargo de la ropería y sastrería, era el bibliotecario, cocinaba un par de días cada semana y había muchas otras minucias que requerían mi tiempo. Pero, en cuanto tenía tiempo, trabajaba muy seriamente leyendo absolutamente todo, tanto sobre san Bernardo como sus escritos y, así, conseguí terminar la tesis dentro del límite de tres años. Esto fue una gran gracia en mi vida. Pasar tiempo con san Bernardo es una experiencia muy formativa. Nunca me sentí hartado con Bernardo; siempre parecía tener algo nuevo que decirme. No puedo imaginar lo que hubiera sido la vida monástica para mí sin ese gran contacto con la sabiduría de san Bernardo. Él ha sido mi maestro *par excellence*. Tuve una relación muy buena y muy formativa con mi maestro de juniors y esto me sirvió mucho, no solo durante los cinco años que estuvimos juntos sino que me ha dado un cimiento para el resto de mi vida.

Pero me resulta difícil pensar en alguien que me haya marcado más que la influencia de san Bernardo. Jean Leclercq fue muy alentador y de apoyo, siempre dispuesto a responder a las preguntas y compartir su vasto mundo de conocimientos; pero mi contacto con él (entre 1973 y 1990) estaba supeditado inevitablemente a estar en la misma parte del mundo al mismo tiempo, por lo que necesariamente era esporádico.

Pregunta 4

Aunque en parte ya nos ha dado datos suficientes, ¿cómo ha continuado educándose como monje y escritor?

Una de las cosas que me gusta del Derecho Canónico es lo que dice sobre la formación. Dice que aquellos que se están formando son responsables de su propia formación, son co-responsables. No sirve para nada quejarse de que la comunidad no ofrece una buena educación o una buena formación. Es importante que cada persona, como adulto que es, tenga la responsabilidad activa de educarse a sí mismo al mayor nivel de su capacidad. Esto significa mucho más que escoger esto y dejar aquello. Implica un aprendizaje disciplinado, establecer bases, perseverar en tiempos de dificultad y usar la imaginación para hacer que el elemento a estudiar sea muy personal. Me acuerdo de leer en un comentario del siglo XIX sobre el evangelio de Juan, por un exegeta llamado Schmiedl, si recuerdo correctamente, que decía que una de las principales características para un posible comentarista sobre el evangelio de Juan era una vida larga. Creo que eso es también verdad de cualquiera que se

aventure en el campo de los estudios monásticos. El pasar muchos años al pie del cañón casi inevitablemente da un conocimiento bueno y amplio del propio tema.

También creo que se necesita tener una confianza básica en la habilidad de uno mismo para aprender, una habilidad propia para enfrentarse al tema y llegar a conclusiones razonables. Debo admitir que no tengo mucha simpatía por aquellos cuyas vidas intelectuales consisten principalmente en ir corriendo a seminarios o conferencias, bebiendo, por así decirlo en la sabiduría de otros, nunca haciendo el esfuerzo de generar la suya propia. Creo que fue Bernard Lonergan⁴ quien dijo que nunca podemos estar seguros de que comprendemos realmente algo a menos que podamos expresarlo en nuestras propias palabras. Y cuanto más original sea la expresión, más probable será que el verdadero conocimiento haya ocurrido. Sí, los conferenciantes de fuera pueden ser de mucha ayuda en momentos apropiados del viaje intelectual, pero siempre existe la necesidad de estar preparado para pasar tiempo a solas trabajando callada y consistentemente en lo que uno está esforzándose por aprender. Como en la oración, así también en el estudio: regularidad y perseverancia son los componentes clave para el progreso.

En mi caso, estoy agradecido por tener una buena educación fundamental en filosofía escolástica y en teología. No es un acercamiento afectivo a estudios espirituales pero tiene una cierta integridad austera que sirve muy bien como esquema para reflexiones futuras. Facilita, por así decirlo, un esqueleto que soporta toda la estructura. El esqueleto no es necesariamente un objeto atractivo, pero es necesario y sin él la carne se derrumba en un montón de gelatina. Como he dicho, mi tiempo en Lovaina fue para mí un gran periodo, tanto en exposición a un mundo más amplio de contenido como también en términos de metodología. Finalmente, en el ámbito de preparación académica, los tres años que pasé escribiendo mi tesis doctoral fueron muy importantes para mí. Significó pasar tiempo trabajando consistentemente en una sola línea de pensamiento, aventurándome fuera solo hasta el grado de que cualquier otra cosa que estuviera explorando tuviera alguna conexión con la corriente básica del trabajo que había emprendido. Ya he mencionado que estoy muy agradecido por haber tenido la oportunidad y la energía a una edad relativamente joven para acumular unos cuantos idiomas importantes: latín, francés, griego, hebreo, algo de alemán en particular, aunque no soy maestro en ninguno de ellos. Porque soy introvertido por naturaleza, mi conocimiento del lenguaje solamente se traduce en conversaciones fluidas con gran dificultad. Vivir en Australia sin mucha oportunidad de estar en un ambiente de lenguas extranjeras tampoco ayuda desde luego. Pero un buen conocimiento en lectura es probablemente lo más importante para un estudiante monástico. También hice algo de holandés y ugarítico en Lovaina; pero mi intento de aprender estos idiomas no tuvieron el mismo grado de penetración que los otros. Puedo, con tropezones, leer un texto en italiano o español sin gran dificultad, si no es demasiado complicado, en base a mi conocimiento de latín y francés, ya que por naturaleza soy intuitivo y no soy contrario a hacer algunas conjeturas.

Pero ahora, ¿cómo trabajo mi educación permanente? Bueno, tengo una mente como el nido de una urraca, lo que quiere decir que acumulo información muy fácilmente, aún cuando no pienso en ello mucho ni trato de hacerlo. Las cosas parecen quedarse integradas en mi memoria y listas para salir sin demasiado estímulo. Normalmente lo que tengo guardado en la memoria no es completamente fortuito, sino que en la mayoría de los casos está relacionado con algo que es importante para mí o que está fuertemente relacionado con lo que quiera que esté haciendo en ese momento. Cincuenta años en un monasterio significa que he estado expuesto inevitablemente a una gran cantidad de lectura, en la liturgia, en el refectorio

⁴ cf. BERNARD LONERGAN, *Método en Teología*, Ed. Sígueme, Salamanca 1988 [N. del T].

y en todas partes. Habitualmente trato de prestar atención a lo que se está leyendo. Para mi propia lectura, aparte de la *lectio divina*, siempre estoy leyendo algo más, preferentemente algo que no tenga mucho que ver con lo que estoy trabajando en ese momento. Leo novelas para relajarme, obras clásicas de literatura, algo de historia y un poco de ciencia popular. Como bibliotecario puedo ojear cualquier libro que cae en mis manos. Tengo un amigo que me pasa ejemplares de *The Times Literary Supplement*, *The New York Review of Books*, *The Literary Review* y el periódico financiado por el CIA *Foreign Affairs*. Me gusta leer estos, aunque nunca llegue a leer los libros recensionados; pero consigo una noción general de los movimientos culturales de nuestro tiempo. Por consejo facultativo trato de dar un paseo diario de una hora para ver si puedo extender mi miserable vida un poco más, y durante este tiempo habitualmente escucho un podcast bajado de radio nacional, casi siempre sobre temas de cultura o de ciencia. Muy a menudo en cuanto vuelvo anoto algo que me haya llamado la atención mientras escuchaba, que inevitablemente saldrá en un pie de página o en una charla que dé. En otras palabras siempre ando buscando cosas que añadan un poco de luz y quizá un poco de humor a los temas que estoy investigando y presentando.

Y, naturalmente, como todo el mundo sabe, enseñar es una buena forma de aprender. Me doy cuenta que solo cuando tengo que enseñar a otros es cuando descubro lo poco que yo mismo sé sobre el tema, por lo que tengo que ponerme a trabajar para aprender más. Es una ironía de la enseñanza, me parece a mí, que el maestro pasa mucho más tiempo estudiando que los estudiantes; eso supone más que la preparación para la presentación a una clase. Es más como preparar la propia mente, haciendo más preguntas, buscando algunas respuestas. Igualmente esto también es verdad sobre la escritura. Cuando escribo algo puedo estar simplemente repitiendo lo que he presentado en clases o talleres; pero normalmente descubro que lo que se presenta oralmente es más fluido que lo que permiten en escritos. Existen huecos que necesitan ser cubiertos, existen referencias que necesitan ser clarificadas. Y está el interminable esfuerzo que se requiere para documentar las afirmaciones que estoy haciendo.

En este trabajo de enseñar y escribir estoy continuamente enfrentado con las nuevas tendencias de pensamiento y las nuevas formas de expresar lo que yo siempre he mantenido. Así, pues, la vida intelectual tal y como yo la vivo es un poco como un fermento. Algo siempre está ocurriendo. Algunas veces desearía que mis intereses fueran más reducidos y envidio a aquellos que escriben algo y luego se pasan los siguientes veinte años repitiéndolo: al pie de la letra, con la misma inflexión, sin ninguna alteración o cambio, como si fuera la ley de los Medos y los Persas. Por mi parte, estoy constantemente actualizando casi todo lo que he escrito, hasta el momento en que se queda congelado en una publicación.

Así que me educo a mi mismo como monje, dándome lo más posible a vivir la vida monástica, leyendo de las fuentes monásticas, analizando las diferentes cuestiones que surgen en la vida cotidiana, encontrando algunas respuestas a las preguntas que otros me hacen o que esperan mi ayuda sobre ellas. Creo que este trabajo de formación permanente no cesa hasta la muerte. En la época en la que estaba escribiendo las Constituciones de la OCSO, había un abad que era muy crítico con la idea de formación permanente. Decía que era una contradicción de términos. Había un periodo de formación, después del cual el monje estaba formado. Fin de la historia. No le gustaba la idea de que uno estuviera continuamente sufriendo cambio, experimentando reformación. Pero yo creo que la experiencia nos dice que si estamos vivos y en posesión de nuestras facultades, entonces es necesario para nosotros ser constantemente reformados, constantemente re-educados y constantemente cambiados para adaptarnos a nuevas situaciones: la situación fuera de uno mismo y también la cambiante

situación interior que es la marca del progreso espiritual.

Como he dicho previamente, no me considero definido con el término “escritor”. No trato de educarme como escritor, aunque continuamente estoy interesado en cuestiones de estilo y gramática y me encanta coleccionar nuevas palabras que luego trato de usar. Pero esto es algo para divertirme y seguir mis propios intereses, más que para tratar seriamente de convertirme en un escritor mejor. “Lo que he escrito, escrito está”, como alguien dijo una vez. Hay algo muy arriesgado en la palabra escrita. Sea lo que sea lo que uno escriba, se expone a sí mismo al mismo tiempo, no importa lo que uno trate de esconder (porque el mismo escondite llega a ser más revelador). Si yo tuviera que aconsejar a alguien que quisiera escribir, sería asunto de preceptos muy simples. He aquí mis diez mandamientos:

1. Sé consciente.
2. Sé tú mismo.
3. Prepárate para cierta soledad y desapego.
4. Interésate por todo.
5. No escribas sobre lo que no sabes.
6. Saber lo que quieres decir – ten una pasión, un mensaje que entregar.
7. Adquiere gusto por la simplicidad elegante.
8. No hables por hablar.
9. Evita la auto-indulgencia.
10. ¡Y no te olvides del humor!

Pregunta 5

A la luz de su experiencia ¿qué tres escritores monásticos recomendaría a los monjes jóvenes?

Supongo que se refiere a escritores contemporáneos, y yo realmente solo puedo hablar de aquellos cuyos trabajos están disponibles en inglés. Tendría que decir que solo puedo hablar por mi mismo; la elección de lecturas es un asunto muy personal; lo que le dice mucho a uno puede ser completamente indiferente para otro. Naturalmente, Thomas Merton tiene que estar a la cabeza de la mayoría de las listas. Hay mucho de lo que ha escrito que aún hoy, cincuenta años después, es de gran relevancia. Yo sugeriría, sin embargo, que se necesita una cierta madurez para leer a Merton en contexto. Muchos de los asuntos de los que él trataba durante su vida, ahora son menos urgentes. Pero es un escritor estupendo y aún ahora tiene mucho que decir.

Cualquier cosa de las escritas por André Louf la encuentro atractiva, perspicaz y estimulante. Tenía una gran experiencia en la vida monástica y de trato con monjes y monjas. Escribe bien y con un mundo de teología detrás de cada página.

En cuanto a la lectura sobre la *Regla* de San Benito, los escritos de Terence Kardong son excelentes. Tiene un gran fondo de estudios benedictinos y es el autor de un importante comentario sobre la regla y lucha contra la forma en la que la regla y su interpretación convencional se conecta con los asuntos contemporáneos. Disfruto del hecho de que escribe con cierto grado de vigor y no tiene miedo de compartir sus opiniones, pues son siempre opiniones cultas, basadas en años de trabajo sólido de investigación.

Otra autora cuyo trabajo sobre la regla me gusta es Aquinata Boekmann. Antigua profesora en la Universidad de San Anselmo, en Roma, tiene una gran experiencia de trabajo con grupos de todos los grados para ayudarles a comprender lo que la *Regla* dice. Es bastante

severa sobre un acercamiento metodológico a la regla. Creo que esto es importante hoy en día porque hay tanta gente propagando lo que ellos llaman espiritualidad “benedictina” que no han hecho sus deberes. Han leído un poco de aquí y de allá, y a esto le sigue una proclamación de una espiritualidad “benedictina” que ha sido en realidad confeccionada por ellos mismos. No hay evidencia suficiente que muestre que hayan escuchado con cuidado la *Regla* o de que hayan leído ampliamente a los comentaristas clave. Parece ser que la espiritualidad benedictina se ha hecho comercial, y así hay mucha gente que ofrece presentaciones de ella y que no están cualificados para hablar. Ambos, Kardong y Boekmann, están cualificados.

En el gran mundo de la espiritualidad monástica me gustan los escritos de Meg Funk , particularmente porque ella aplica las enseñanzas de los antiguos autores a las situaciones modernas y escribe de una forma muy asequible al lector normal contemporáneo.

Un libro reciente de Brendan Freeman, oco, *Come and See*, merece la pena, aún cuando yo escribiera el prólogo. Es una colección de sus charlas en capítulo a lo largo de sus muchos años de abad y revela una buena fundamentación teológica, un conocimiento amplio del monacato y una profunda experiencia de vida monástica, tal y como es vivida en su comunidad.

Me pidió Ud. tres autores y le ha dado seis, quizá esto indica que mi aritmética no está tan bien desarrollada como algunas de las otras facetas de mi actividad intelectual. Debería decir también que la mayoría de mis lecturas monástica provienen de fuentes primarias, y aunque leo por encima la mayoría de las revistas monásticas que recibimos, no puedo decir que me influyeran mucho. De hecho creo que cuando escribo me es muy necesario mantener mi perspectiva particular relativamente sin tacha por lo que otros piensen sobre el asunto del que estoy tratando. No porque estén equivocados o sean carentes de valor, sino simplemente porque es importante para mí desarrollar mi línea de pensamiento sin distraerme con formas alternativas de acercamiento al mismo tema.

Si estás pensando quiénes de los escritores monásticos del pasado me han influenciado más, entonces la respuesta es relativamente fácil. Los tres grandes: Bernardo, Elredo y Guerrico. Recientemente he estado leyendo algunos de los escritos del Abad Armand-Jean de Rancé y, dado el contexto histórico con el que él operaba, creo que éstos escritos ciertamente merecen que se les preste más atención de la que actualmente reciben.

Pregunta 6

Aunque parezca una redundancia, ¿qué textos de escritores monásticos han dejado más huella en su vida y en su pensamiento? Y ¿qué otros escritores no monásticos?

La respuesta no es tan fácil, ¿verdad? Después de todo, he estado leyendo bastante consistentemente durante más de cincuenta en el monasterio. Mirando hacia atrás, el libro de Bernard Lonergan *Insight* sería por supuesto una clave de textos en el desarrollo de mi pensamiento. Supongo que podrías también incluir el trabajo de Hans Georg Gadamer *Truth and Method*⁵. Estos no han sido compañeros permanentes en mi vida, pero me he

⁵ HANS-GEORG GADAMER, *La educación es educarse*, Paidós Ibérica, Barcelona 2000. Ver también de este autor en español: *El inicio de la sabiduría*, Paidós, Barcelona 1991; *Hermenéutica de la modernidad*, Ed. Trotta, Madrid 2001; *¿Quién soy yo y quién eres tú?*, Ed. Herder, Barcelona 1999; *Mito y Razón*, Ed. Paidós, Barcelona 1997; *Arte y verdad de la palabra*, Paidós, Barcelona, 2007; *El inicio de la filosofía occidental*, Paidós,

tropezado con ellos en periodos de transición importantes y me han llamado la atención de forma particular, por lo que han tenido una influencia continuada sobre mi.

Con respecto a los textos monásticos, los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* de Bernardo han sido influyentes en mi vida. Hace algunos años la BBC emitió un programa de radio titulado *Desert Island Discs* en el que preguntaban a celebridades qué discos les gustaría llevarse consigo si estuvieran confinados en una isla desierta. De modo que si yo estuviera encerrado en prisión o aislado en una isla desierta con recursos limitados solamente, uno de los libros que querría llevarme aparte de la Biblia sería los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*. Hay una enorme profundidad de sabiduría en él, gran humanidad y una teología amplia y profunda. Todo expresado en un latín elegante. Casi todo lo que Bernardo escribió merece ser leído y ha jugado un fuerte papel en el desarrollo de mi propia vida intelectual y monástica.

En estos años pasados también he aprendido a apreciar que las charlas de capítulo de Elredo de Rieval, los trabajos de Guerrico de Igny; son una serie de sermones tan bien trabajados que uno puede leerlos y volverlos a leer. Beatriz de Nazareth es una de mis favoritas; su libro *Seven Modes of Love (Siete Modos de Amar)*⁶ es un maravilloso escrito en el que con lenguaje simple ha integrado mucho conocimiento espiritual y sabiduría. También estoy en deuda con los escritos de san Agustín, particularmente su comentario al evangelio de san Juan y sus tratados sobre los salmos; pero también muchos de sus otros trabajos. Y Gregorio Magno. Y, naturalmente, la *Regla* de san Benito; nos es tan familiar por las lecturas comunitarias que a menos que uno preste atención fielmente mucha de su sabiduría puede pasar desapercibida. Yo he tenido bastante suerte al ser obligado a dar cursos sobre la *Regla*, y así he trabajado estrechamente con el texto y me he visto enriquecido en gran medida por él.

Como dije antes, he leído bastante ampliamente fuentes actuales y esto me mantiene, de alguna forma, en contacto con la cultura contemporánea. El tema de la lectura es importante para mí y, por supuesto, deja huella; pero dudo mucho de si ha contribuido al aspecto formativo de mi propia y personal filosofía de vida.

Pregunta 7

¿Cuáles son los elementos o condiciones que considera necesarios para leer y apreciar realmente hoy día a los escritores monásticos medievales?

Creo que la mayor ayuda para entrar en la onda de los escritores monásticos medievales, es entregarse por completo a vivir la vida monástica. Naturalmente, ha habido muchos cambios desde el siglo XII; pero la vida que hoy vivimos, con los cambios de varias observancias, no es diferente a la vivida por estos escritores clásicos de la tradición monástica. Así, en cierto sentido, estamos viviendo la clase de vida que ellos vivieron, teniendo la misma clase de experiencias que ellos tuvieron y, por eso, podemos tomar contacto con su pensamiento, desde dentro, por así decirlo. Me parece muy importante que cuando leemos un libro o un texto leamos también el libro de nuestra propia experiencia. Esto es exactamente lo que estos escritores medievales hicieron. Ellos leían la Biblia a la luz de su propia experiencia. También nosotros debemos leer sus obras a la luz de nuestra propia

Barcelona 1995 [N. del T.].

⁶ cf. *Cistercium* n° 219 (2000), LILIANA SCHIANO MORIELLO, OCSO, y ANA MARÍA SCHLÜTER RODÉS: *Siete modos de Amor* [N. del T.].

experiencia monástica; ellos hablan sobre la clase de vida que nosotros vivimos; están hablando de la clase de experiencia que forma parte de nuestra propia experiencia.

Probablemente es necesario que contemos con alguna introducción a estos autores cistercienses. Algunos de ellos son claros por sí mismos; uno puede ir a ellos en frío y, aún así, obtener beneficio de ellos. Pero en la medida en que tomemos conciencia del contexto en que escriben y el lenguaje que utilizan, estaremos mucho más cómodos, más relajados y también mucho más capacitados para recibir lo que tienen que decir. Naturalmente, mucho depende de la calidad de la traducción que estemos utilizando. Y aquí es donde pienso que es importante decir que el conocimiento del latín es de gran beneficio a cualquiera que desee entrar de lleno en la lectura de los escritos monásticos. Es probablemente importante decir que no solo del latín, sino un conocimiento del latín medieval, ya que este no siempre sigue las reglas y vocabulario del periodo clásico.

Ya he mencionado la lectura minuciosa. Hoy en día, muchos de los que estudian en universidades son animados a leer de forma rápida, a leer por encima y a extraer el significado lo más rápida y eficazmente posible. Este no es el modelo de la lectura monástica, este no es el modo de lectura sapiencial. Tenemos que gustar y saborear cada palabra, cada frase, cada oración. De esta manera llegamos a ir por debajo de las palabras y empezamos a comprender lo que está dando vida al contenido explícito. Se trata de intentar alcanzar la interioridad de la palabra escrita, algunas veces llamado mensaje-meta.

En el capítulo 73 de la *Regla* de san Benito, el autor recomienda la lectura. Deja claro que cada *página* de la Escritura contiene algo útil para nosotros; y luego dice que todo *libro* de la Escritura o de los Padres tiene un mensaje para nosotros. Es como si estuviera diciendo que hay algo útil en una pequeña parte de la Biblia que se encuentra solamente en una buena cantidad de escritos patrísticos. Y yo creo que esto es verdad. Cualquiera que quiera leer a los Padres, incluso los Padres monásticos, tiene que ser una persona muy paciente. Tiene que aprender cómo seguir leyendo, aún cuando lo que está en la página le parezca ser tonterías, aburrido, trivial, sin relevancia para su propia situación. Esto ocurre. Pero si se sigue adelante pronto nos encontraremos leyendo algo más succulento. Allan Bloom, en su estudio sobre una lectura minuciosa, señala que a menudo, cuando encontramos algo irritante o trivial, es porque hemos puesto una barrera inconsciente entre nosotros y un mensaje particular. Es algo que no queremos oír. Por lo tanto es algo que *deberíamos* escuchar. Por eso es importante preguntarnos por qué estamos encontrando el camino difícil si no estamos encontrando gozo en un escrito en particular.

Para acostumbrarse a recibir beneficios de los Padres monásticos es importante que aprendamos a ser pacientes y estar dispuestos a pasar mucho tiempo leyendo en quietud. Esto es particularmente cierto, creo yo, en alguien como Elredo de Rieval. Algunos de sus sermones son brillantes, deslumbrantes y muy atractivos, aún en el mundo contemporáneo. Otros son muy profanos, o por lo menos así me lo parecen. Justo esta mañana estaba leyendo uno de sus sermones de Epifanía; por ser caritativo, parece algo menos que brillante. Me dan lástima los pobres monjes que tuvieron que escucharlo. Así que si uno es incapaz de tolerar los *longueurs* de los escritos patrísticos, tampoco perseverará el tiempo suficiente como para ser enriquecido por los pasajes de considerable riqueza de significado. Eso solo se puede apreciar a lo largo de muchos años leyendo esos escritos. El trabajo de la perseverancia es muy importante. Debemos mantenernos en el proceso de leer a los Padres, aunque parezca que no estamos sacando mucho partido de ello para el presente. Mucha gente joven de las dos

últimas generaciones encuentran muy difícil perseverar en algo que no es inmediatamente gratificante. Quizás por eso no se preocupan de aprender una lengua extranjera, porque se gasta tanto tiempo en aprender los fundamentos -gramática, vocabulario y todo eso-, que a veces pasan años antes de que se puedan cosechar los beneficios de nuestra labor.

Creo que es muy importante que los monasterios ofrezcan una buena iniciación en la tradición monástica y en la cisterciense, particularmente sobre la riqueza de sabiduría que está contenida en nuestro patrimonio cisterciense. Sin ese fundamento es difícil imaginar que los monjes sientan realmente un aprecio en profundidad por las creencias y valores sobre los que nuestra forma de vida monástica está basada y lo que anima las observancias que hemos adoptado. Así que no damos por sentado que a los monjes les gustarán de manera natural los autores cistercienses como el agua a los patos. Nosotros les enseñamos. Y eso, naturalmente, quiere decir que nosotros mismos debemos ser amantes de nuestra tradición. Sin embargo, yo advertiría contra el entusiasmo excesivo; a menudo esto produce el efecto de llevar a los novicios y juniors en la dirección opuesta. Pero deberíamos establecer como principio básico de la formación que impartimos que para entender la vida monástica tenemos que entender y apreciar la tradición monástica.

Pregunta 8

En su puesto de maestro, ¿cuáles han sido los mayores obstáculos que ha encontrado al transmitir sus enseñanzas?

En general, los grupos han sido muy receptivos a lo que tenía que decirles. Estoy hablando, principalmente, de la gente de otros monasterios y de los benedictinos, lo que significa generalmente una audiencia internacional, ya que no hay muchos monasterios en Australia. Habitualmente han sido muy acogedores ante lo que quiera que tuviera que decirles, interactuando con ellos he aprendido mucho.

Enseñar en el propio monasterio es un reto. Hay un proverbio gaélico que dice “las vacas extranjeras tienen cuernos largos”, que supongo que es lo mismo que el proverbio inglés “la familiaridad engendra desdén”. Es muy difícil enseñar a los propios hermanos, gente que te ve cada día, en buenos y malos momentos, y en que la opinión de uno está condicionada por muchos factores que no tienen nada que ver con el aula. Esto es especialmente verdad cuando la persona actúa como formador con un dinamismo más bien específico e interpersonal y también como maestro; o que la misma persona está enseñando varias asignaturas diferentes; en este caso la gente se cansa de uno, o al menos se cansan de mí. De modo que siempre hay presión sobre uno para que siga entregando algo nuevo, semana tras semana, año tras año, sin perder la buena voluntad de los estudiantes, manteniéndolos entretenidos y, al mismo tiempo, impartiendo la información útil y la formación que necesitan. De modo que estar demasiado expuesto es un obstáculo grande.

Durante los últimos años hemos tenido que contratar ayuda externa para algunas de las clases que se dan en el monasterio. Esto se debe tanto al menor número de maestros como de estudiantes. Así que hemos dividido el programa de la educación monástica entre dos corrientes: una corriente teológica y otra monástica. Los estudiantes hacen una diplomatura en teología con educación a distancia. Anteriormente esto lo enseñábamos nosotros; pero ahora hay muy pocos estudiantes para justificar tal esfuerzo y, además, existe la ventaja de que estos son cursos reconocidos en el Instituto Teológico, lo que quiere decir que con el tiempo

recibirán su título, que proporcionará más adelante un cimiento para el trabajo de licenciatura. Nosotros mismos enseñamos la corriente monástica, es decir, la espiritualidad monástica, historia monástica y los distintos autores monásticos. He notado, especialmente entre los que son un poquito competitivos o ambiciosos, que prestan mucha más atención a sus estudios externos que a los cursos que se imparten dentro. A estos últimos algunas veces les dedican un mínimo esfuerzo, mientras que trabajan exageradamente duro para alcanzar una buena puntuación en los cursos externos. No sé exactamente lo que podemos hacer para remediar esta situación, porque siempre nos hemos propuesto no fomentar ninguna clase de competitividad en los estudios, sino animar a cada uno a hacer lo mejor que pueda para enriquecer su propia vida monástica.

Todo esto es un gran desaliento para el maestro cuando encuentra que los estudiantes, aunque sean muy inteligentes y estén entusiasmados con los otros estudios, no están realmente prestando suficiente estudio personal a las asignaturas que están enseñando. Mi regla siempre ha sido que por cada hora de clase debería haber tres horas de estudio privado. Y esto se les permite a los estudiantes. Pero muy a menudo, si están siguiendo dos corrientes paralelas de estudios exteriores, estos reciben mucha más atención que los impartidos por los maestros de la comunidad.

Para algunos estudiantes todo el programa de estudios es simplemente algo que tienen que hacer, otra carga que se les impone. Vienen a clase simplemente porque están obligados a venir y se conforman con hacer lo mínimo. Su participación es tibia, por no decir otra cosa, y a veces puede ser verdaderamente destructiva. El eventual maestro necesita comprender todas estas situaciones y aprender algunas tácticas para tratarlas. Cuando un maestro no es un formador, a menudo un estudiante que está pasando por malos momentos expresará bastante negatividad en el aula, porque no quiere meterse en jaleos con su formador haciendo una escena delante de él.

Siempre existe la cuestión de la pasividad excesiva. Un maestro que trata de tener una clase interactiva y participativa está sometido a la buena voluntad de los estudiantes. En general, los novicios son muy cooperativos. Los juniors lo son durante un tiempo, pero luego empiezan a surgir cosas en sus propias vidas y algunas de sus energías no-creativas empiezan a aparecer. La mayoría de las veces estas aparecen en el aula. Se niegan a involucrarse personalmente. Algunas veces hay una cierta agresividad pasiva, brazos cruzados, mirando hacia las ventanas, no tomando notas, no teniendo el libro abierto en la página correcta, terminando la clase con un bostezo dramático. Algunas veces esto es simplemente una expresión de cómo ven la vida en general. Otras veces es la expresión de protesta política sobre una cosa u otra en la estructura del monasterio que no les gusta. Creo que no sería imprudente decir que hay algunos que son simplemente perezosos, que no quieren hacer ningún esfuerzo, cuyas energías principales están dirigidas a encontrar excusas por no haber hecho lo que se supone que tienen que hacer, no solamente en el aula, sino en todas partes.

Ya me he referido al ordenamiento canónico de que aquellos que están en formación se responsabilicen de la calidad de su propia formación. Para cuando los novicios han llegado a ser juniors, a menudo piensan que ya saben lo suficiente sobre la vida monástica y sobre todo lo demás y que ya no hay necesidad de que sean instruidos aún más. ¡Ya están listos para la mitra! De manera que se resisten al esfuerzo de monjes con más experiencia a ser llevados a un mayor entendimiento de las creencias y valores de los que la vida monástica está formada. Con el paso del tiempo, al menos algunos, no son formales para con la obligación de seguir instruyéndose a sí mismos, a aprender, a abrirse a una sabiduría más amplia.

Otra dificultad es la variedad de niveles educativos que uno encuentra en un grupo típico de estudiantes monásticos. Algunos habrán sido muy bien educados, otros nada en absoluto. Y algunas veces aquellos que hayan sido formados en disciplinas científicas aprecian poco la destreza y la técnica que se necesitan para la investigación con un acercamiento más histórico. Tratar de atender a cada uno de ellos en una sola clase es todo un desafío, especialmente si están mezclados juntos novicios y juniors.

Una dificultad especial con la que uno se encuentra hoy en día es que muchos no tienen un buen conocimiento de idiomas extranjeros y, particularmente, un conocimiento de latín. Algunos desean aprender latín, otros empiezan a aprender latín por su cuenta o piden a alguien que les ayuden a aprenderlo; pero, aunque perseveren en su esfuerzo, raramente llegan al punto de poder leer textos fácilmente, y esto los condena a depender siempre de recursos de segunda mano.

Haciendo memoria a lo largo de mis más de cuarenta años enseñando en un monasterio, no puedo nombrar ni un solo estudiante que habitualmente presentara entusiasmo sobre lo que estaba aprendiendo, o que expresara alguna clase de agradecimiento a los esfuerzos realizados para ellos por sus maestros, al menos durante un largo periodo de tiempo. Uno tiene la impresión de que le están haciendo un favor al maestro asistiendo a sus cursos. Algunos de los que abandonaron, incluyendo a los que causaron bastantes problemas mientras pasaban por el sistema, luego expresaron mucha gratitud por lo mucho que habían aprendido mientras estuvieron con nosotros. Se jactan de la calidad de su educación monástica, aunque cuando estaban con nosotros eran bastante hostiles.

En varios escritores monásticos, incluyendo a san Bernardo, me he topado con la caracterización de un cierto tipo de monje. el que desea enseñar antes de que él mismo haya sido un aprendiz. Me he topado con unos cuantos de esos en mi carrera pedagógica. En las últimas décadas de enseñanza, he probado muchas formas de impartir mi material, intentando hacer las clases interesantes y útiles a aquellos que atendían. Y puse un gran esfuerzo en esto. Algunas veces parece como si la gente no quisiera ponerse en situación de estar agradecido a nadie por nada. ¡Puede que todo sea expresado en mi funeral!

Ya es, y probablemente sea en el futuro un problema aún mayor, es la relación del estudiante con los libros. La lectura tradicional es un medio fresco; la mayoría de la gente más joven prefieren hoy algo más candente y preferirían hacer la investigación en Internet mejor que en una biblioteca. Incluso la existencia de libros tradicionales puede estar amenazada. Justo cuando los ordenadores empezaron a ser usados para procesar palabras, a menudo trataban de imitar a las máquinas de escribir (aunque por aquel entonces ya las máquinas de escribir electrónicas se encontraban más cerca); así, los e-books de hoy imitan a los libros de papel. Leerlos no es muy diferente a leer libros. En el futuro los e-books pudieran muy bien estar conectados a Internet para que también la lectura ofrezca una variedad de hipertextos. Nicholas Carr en su libro *The Shallows* apunta al peligro de esto. Lo considera como una distracción sistemática. En vez de leer un texto de principio a fin, somos desviados a buscar toda clase de explicaciones y expansiones y así la línea del argumento se pierde. En un libro sobre san Bernardo, su nombre motivará una serie de imágenes, incluso los perros de San Bernardo; si se menciona a Borgoña tendrás a mano un vídeo que muestra las ubicaciones principales y, quizás, una selección de melodías folclóricas de Borgoña y una lista de las especialidades culinarias locales. Todo esto es, obviamente, un obstáculo para el estudio lógico serio; pero en el ámbito de la *lectio divina* es totalmente desastroso.

Al repasar estos comentarios que he hecho soy consciente de que suenan bastante negativos, pero Ud. me preguntó sobre los obstáculos. Disfruto enseñando la mayor parte del tiempo, pero, como la mayoría de las actividades de la vida monástica, enseñar sobre la vida es asunto de seguir andando a tropezones hacia adelante, haciéndolo lo mejor posible, sin esperar enormes olas de adulación.

Pregunta 9

¿Cuál es su visión propia del estado de formación inicial hacia la vida monástica en el orden del día?

Supongo que debería preceder mis comentarios diciendo que tengo un nuevo libro que sale en abril 2012 sobre toda la cuestión de la formación. No ofrezco un diagnóstico explícito del estado de formación en la Orden, pero si lees entre líneas y notas los asuntos que expongo, probablemente serás capaz de evaluar lo que yo considero que son los puntos que necesitan mayor atención en las órdenes monásticas hoy en día.

Lo primero que me viene a la mente es que ahora hay una disponibilidad de recursos monásticos y cistercienses mucho mayor que cuando yo empecé la vida monástica. Y hablo de traducciones. Ya no es necesario tener un conocimiento de latín y la habilidad para encontrar el camino a través de la patrología de Migne y ser capaces de localizar las fuentes monásticas normales. En nuestra pequeña biblioteca en Tarrawarra hace cincuenta años, los libros monásticos solo ocupaban dos estanterías. Ahora la colección sería diez, veinte o treinta veces más grande. Esta es la primera ventaja, que la gente que ingresa hoy en la vida monástica sabe que los libros están allí. Una buena biblioteca ofrece la posibilidad de trascender algunas de las limitaciones que pueda tener una comunidad local. Creo que esto es así en el caso de Thomas Merton. La formación en Gethsemani, según dicen, en aquella época era deplorable. Sin embargo, debido a las oportunidades que se le ofrecieron y su propia habilidad con los idiomas fue capaz de pasar por alto la pobreza local y contactar directamente con las fuentes. Con más frecuencia esto será verdad con las generaciones venideras también. Puede ocurrir que una comunidad cualquiera, debido al poco número de sus miembros, o porque son demasiado mayores, o porque están poco formados, o porque la comunidad es una nueva fundación y el énfasis está puesto en la construcción física del monasterio, por todas estas razones, puede que la formación que se dé a los recién llegados sea inadecuada. Pero sin embargo, si hay una buena biblioteca con una buena selección de libros monásticos, entonces, hasta cierto punto, los recién llegados pueden sumergirse en la tradición siempre joven de la vida monástica y permitir que ella los forme.

Otra cosa buena sobre la formación hoy es que se reconoce mejor que la comunidad tiene un papel muy significativo que jugar en el proceso de formación. Los recién llegados al monasterio son formados por la vida de la comunidad y son lo suficientemente receptivos como para dejarse influenciar por los valores, aún cuando estos valores sean transmitidos imperfectamente o solo con palabras. De manera que si uno tuviera que examinar el valor de la formación que se da hoy en día en toda la Orden o en una comunidad particular, lo primero que tiene que examinar es la calidad de vida monástica que se está viviendo. No estoy simplemente hablando de una observancia reglamentada. Lo más necesario, sobre todo, es que las creencias y valores que la observancia supone hayan sido interiorizados realmente por los miembros de la comunidad. De esta forma no están actuando como robots, sino que realmente comprenden lo que la vida monástica significa y lo viven de corazón, y por ello son

capaces de adaptarse si las circunstancias justifican esa adaptación. Así los recién llegados pueden ver esto y ser formados por ello.

En tercer lugar, viajando y escuchando a formadores hablar en varias reuniones, como también escuchando los informes de la casa en el capítulo general de 2011, tengo la sospecha de que para mucha gente la formación aún significa educación monástica, dar las clases, comunicar la información necesaria sobre la historia de la Orden, la vida de la comunidad y las creencias y valores con los que vivimos. Creo que la formación es mucho más que esto. En particular exige que el formador ayude a los recién llegados a comprender quiénes son y lo que son, ayudarles a conocerse a sí mismos y su propia naturaleza. Esto se puede hacer a través de varias maneras: mediante de conversaciones, trabajando juntos, ayudándolos a procesar las experiencias de sus vidas, tanto antes de entrar en el monasterio como las experiencias de cada día en la comunidad. Esta tarea de autoconocimiento me parece a mí que es mucho más importante que darles simplemente los datos necesarios sobre el monacato. Necesitan alguna orientación sobre los ejercicios específicos de la vida espiritual, especialmente la oración y la *lectio divina*. Para muchos de ellos la interrelación con la comunidad será algo que necesita un seguimiento constante y alguna discusión. Por tanto, no creo que sea un plan acertado considerar la educación y las clases e instrucciones como constituyentes de la parte más importante de la formación; es una parte importante y necesaria; pero no constituye toda la formación.

En cuarto lugar, esto lleva a la cuestión de lo que es la formación de formadores. No hace mucho tiempo el formador se elegía simplemente porque era un monje razonablemente bueno y que no tenía mucho más que hacer. No se requería de él una destreza específica, excepto una integridad monástica básica. Esto aún ocurre en algunos monasterios. Creo que es importante que los formadores sean capaces de conectar con la generación venidera para poder comunicarles la tradición en la que ellos mismos han sido formados. Deberán ser capaces de crear una relación, no sólo de acompañamiento, sino también de discernimiento con el recién llegado. Tienen que ser capaces de ayudar al recién llegado a desenredar la complejidad de sus experiencias según vaya progresando en su vida espiritual y monástica. Podemos usar la expresión *dirección espiritual* si queremos, pero quizás tenga demasiadas connotaciones que no son apreciadas por mucha gente. Pero el formador es una persona que necesita una habilidad particular, y esto no es necesariamente algo innato, ni se adquiere viviendo una vida observante. Me parece a mí que los mejores formadores normalmente edifican sobre sus talentos naturales así como sobre sus experiencias monásticas, adquiriendo así habilidades que son específicas para las funciones que les ha sido encomendado llevar a cabo. También digo digo que la formación tiene que ser diferente en cada comunidad. No ofrecemos un tipo de formación genérica o cisterciense, sino una formación para vivir la vida que se vive en esta comunidad particular y en esta época de la historia.

En quinto lugar creo que comunidades, superiores y formadores tienen que ser conscientes de algunas de las características específicas de las nuevas generaciones que entran en el monasterio en la actualidad. No podemos simplemente dar por sentado que son lo mismo que ellos eran antaño. Los que ingresan hoy día tienen un número de excelentes características que proceden de la cultura de su propia generación y que pueden ser instructivas para la formación permanente de la comunidad entera; pero hay también cualidades negativas que tienen que ser reconocidas y afrontadas, y algunas veces esto significa que tienen que ser corregidas; este es uno de los grandes asuntos concerniente a la formación actualmente.

Finalmente, la pregunta que yo haría a muchas comunidades y formadores es: ¿Qué aspiras formar en los recién llegados? Es la vieja pregunta hecha en la primera conferencia de Juan Casiano. ¿Cuál es tu meta? ¿Cuáles son los medios por los que llegarás a esa meta? En algunas comunidades parece que la meta es simplemente la supervivencia. Lo que esperan es que aquellos que entran perseveren y así encajarán los números. Existe una cierta obsesión con los números. Pienso que cada comunidad quiere tener unos cuantos más, independientemente de cuántos sean ya. Cuando hay una sola preocupación, la de querer que la gente permanezca durante los primeros años en la vida monástica, entonces la cuestión de la calidad de su formación se deja de lado; todo el énfasis está en ayudarles a quedarse en vez de ayudarles a discernir cual es la voluntad de Dios para ellos.

Pregunta 10

¿Hay algo en particular que le gustaría recomendar a los monjes jóvenes de hoy cuando se sientan a solas con la lectio divina? ¿Y a aquellos que pueden sentirse inclinados a escribir y enseñar?

Supongo que ya he dicho bastante sobre este tema y no sé que más puedo decir en este momento. Lo principal es reconocer la unicidad de la vocación de cada persona, tenemos que seguir la naturaleza que Dios nos ha dado, los dones que hemos recibido en nuestra naturaleza y en nuestra experiencia de vida y la llamada que se nos ha hecho, tanto de Dios y, hasta cierto punto, de la comunidad en la que vivimos. He conocido a unos cuantos jóvenes que han venido al monasterio llenos de visiones intentando llegar a ser el nuevo Thomas Merton. Pero claro, solo hubo un Thomas Merton, y nunca habrá otro igual. No podemos simplemente empezar a caminar en los zapatos de otra persona; tenemos que andar en nuestros propios zapatos. Por eso, yo pondría el énfasis en que las personas vivan la vida monástica al máximo posible, de acuerdo con la vocación de cada uno, y que pongan sus talentos al servicio de los demás.

Esto no incluirá una carrera de escritor para todos. Hay mucha gente que sabe mucho y que hace mucho bien, pero que no tienen en don de ser capaces de escribir. Puede ser una agonía para ellos. Mi experiencia es que la vida está principalmente modelada por la Providencia. Nosotros no organizamos nuestra propia existencia. Más importante que tratar de hacer un plan de carrera para nosotros mismos es la importancia de que la comunidad sea capaz de reconocer los dones de sus miembros para hacer especial provisión para que ellos puedan reconocer estos dones, tener la oportunidad de ejercitarlos y crecer en ellos. Al mismo tiempo hay que decir que el verdadero talento se expresará tanto si recibe estímulo como si no. Es como una semilla que está germinando y el tallo sube hacia arriba, pero se tropieza con una roca; lo que hace es simplemente rodear la roca hasta llegar a la superficie y así poder crecer, florecer y producir fruto. No podemos esperar una senda en la vida sin obstáculos, sin resistencia, sin jarros de agua fría sobre nuestros entusiasmos.

Otra cosa a tener en cuenta es que aunque el horario monástico es el mismo año tras año, más o menos, la experiencia subjetiva de la vida monástica varía cada cierto tiempo. Esto quiere decir que nuestros intereses y nuestra llamada y nuestras responsabilidades a menudo varían de una década a la siguiente. Una vez concluido nuestro periodo de formación nos pueden dar una asignación que nos tendrá ocupados durante muchos años. Y luego será redirigida a algo diferente y nuevo donde habrá que aprender técnicas nuevas y quizá

descubrir en nosotros talentos nuevos. Después de unos cuantos años, otra vez podemos encontrarnos corriendo por otro camino. Pudiera ser que en una de esas décadas nos llegara la hora de escribir lo que hemos aprendido por medio de la vivencia. Quizás hemos estado enseñando a otros primero, o aprendiendo tratando con otros en conversaciones espirituales. Una carrera de escritor se edifica sobre lo ocurrido anteriormente. No brota de repente sin preparación. Para escribir tienes que tener algo de qué escribir.

Supongo que lo que estoy diciendo es esto: primero vive y luego escribe. Pero el vivir del que hablo es un vivir consciente; es decir, solo si pasamos el tiempo conscientes de lo que está ocurriendo en nuestra vida, no solo en el exterior, sino también interiormente, subjetivamente.

Pregunta 11

Además de escribir ha sido editor de Tjurunga. Por favor comparte con nosotros su opinión sobre lo que debería ser una revista monástica, y cómo se ha enriquecido al dirigir Tjurunga

Yo fui el primer editor de la revista *Tjurunga* en 1971. No edité más que el primer ejemplar, porque en aquel tiempo me fui a hacer mis estudios a Lovaina. Pero siempre seguí en el comité editorial. Había estado trabajando en el proyecto de la revista anteriormente durante varios años. En aquel tiempo, siguiendo la sugerencia del Concilio Vaticano II, las diversas congregaciones religiosas en Australia seguidoras de la regla de san Benito formaron una unión con la idea de compartir algunos proyectos comunes. Uno de estos fue sacar una revista que iría dirigida específicamente a los intereses benedictinos y monásticos. Hace ya mucho tiempo.

Por aquel entonces muchos de los que seguían la regla de san Benito en este país no estaban realmente actualizados sobre lo que había estado pasando con los estudios de la Orden durante el medio siglo anterior. Por tanto, una de las motivaciones para empezar una revista fue la de ofrecer un canal en el que todos los miembros ordinarios de benedictinos y comunidades pudieran incrementar su conocimiento y así poder actualizar su entendimiento de san Benito. Pocos de ellos, por ejemplo, hubieran sido conscientes de los asuntos que conciernen a la dependencia de la regla de san Benito de la regla del Maestro. Si hubieran visto el nombre “Vogüé” probablemente pensarían que se refería a la revista de moda *Vogue*. El nivel al que aspirábamos era *alta divulgación*, no nos atrevíamos a esperar que nuestra revista pudiera ser un canal para la investigación original y vanguardista. Aspirábamos solamente a presentar los resultados de investigación hechos en otras partes de una forma legible y amigable. A veces sería a través de traducciones de artículos aparecidos en lenguas extranjeras, o condensando artículos en una forma más legible, algo parecido a lo que se estaba haciendo por aquel entonces en la revista *Theology Digest*.

El segundo lugar en el que esperábamos progresar era estimulando a aquellos que no habían hecho mucho en el ámbito de la publicación de su pensamiento, a fin de establecer un foro en el cual poder expresar sus diversos puntos de vista monásticos.

En los primeros tiempos la revista tomó su carácter en gran medida de la personalidad y posibilidades de quien fuera el editor en funciones. Pero, en general, ha habido tres principales áreas de interés: varios temas benedictinos, espiritualidad en general y un interés especial por la historia de la Iglesia australiana, que estuvo muy marcada por la presencia benedictina, ya que tanto en Australia oriental como occidental los primeros obispos fueron benedictinos. Y, como es bien conocido, había muchos benedictinos flotando por todas partes

en los últimos años del siglo XIX, algunos agitadores, y muchos de ellos terminaron en Australia. De modo que el área especial que tenía *Tjurunga* era la historia de la presencia benedictina en Australia, especialmente en el siglo XIX.

Permanecí un tanto involucrado con *Tjurunga* durante muchos años como asesor, contribuyendo con artículos y reseñas de libros. No fue hasta mayo de 1996 cuando empecé a editar la revista solo, y he seguido haciéndolo hasta hoy. Creo que el énfasis de la revista ha cambiado desde entonces siguiendo las pautas de mis áreas de interés y de los contactos que tengo. También cambié el diseño de la portada, introduciendo una variedad más amplia de colores y listando en la portada el contenido de cada edición, con titulares delante y el contenido completo detrás. La idea de esto fue animar a la gente a cogerla cuando la vieran, en vez de simplemente pasar de largo pensando que era el mismo número que ya habían visto.

Una de las cosas que te da el editar una revista es que te hace leer muy cuidadosamente todos los artículos que nos remiten, y supongo que eso es una ventaja. También es una ventaja el poder publicar mis propios artículos sin tener que pasar por ningún largo proceso burocrático. Pero el gran problema al que me enfrento es la falta de artículos apropiados. Lo que no sabíamos en 1971 era que el interés en publicar artículos en las revistas monásticas disminuiría activamente en las décadas siguientes. Ahora es muy difícil encontrar artículos apropiados; pocos miembros de la Unión de Benedictinos Australianos escriben y yo sugeriría que relativamente pocos leen lo suficiente en el área monástica. Como resultado, cada número es una lucha. Habitualmente *Tjurunga* sale tarde simplemente porque no tenemos suficientes artículos para llenar sus páginas. A menudo he tenido que sentarme y escribir algo yo mismo para tener materia suficiente para llenar las 96 páginas que tenemos en cada edición. Esto es un aspecto muy frustrante, tener que esperar y esperar y esperar, sin ninguna certeza de que artículos llegarán eventualmente. Hay que tener en cuenta que estamos tirando de un fondo de escritores potenciales bastante pequeño en este país y que casi todos los monasterios están muy mermados de personal; incluso los que podrían haber tenido interés en escribir están ahora realizando otras actividades que son necesarias para el mantenimiento de su comunidad.

Una de las cosas que encuentro excesivamente difícil es la tarea de corregir muchos de los artículos, algunas veces radicalmente. Aún cuando el contenido es aceptable, a menudo la presentación está por debajo del mínimo estándar que es necesario mantener. Algunos no tienen idea de la correcta puntuación o de gramática, algunos no saben cómo presentar el contenido de su pensamiento de manera concisa, lógica y clara para el lector. En muchas ocasiones he pasado horas, y en algunas días, repasando un artículo, haciendo cientos de cambios menores. Supongo que hay personas que por temperamento y formación tienen el tiempo para disfrutar esta clase de trabajo minucioso. Para mí es una imposición pesada. Preferiría estar haciendo mi propia escritura que corregir la gramática de otros.

Durante los últimos años he sido cada vez más libre para expresar mis opiniones en el editorial, que he llamado *ex cathedra*, porque ahí reclamo infalibilidad. Es un poco divertido airear mis propias opiniones y por lo que la gente me dice, parece que a otros les gusta leerlas. Esto nos lleva a otro punto. Hay muy poca reacción tanto con relación la revista en general como con los artículos individuales que en ella aparecen. Es casi como poner algo en un cohete y mandarlo a la luna, pero sin tener esperanza de recibir ninguna clase de respuesta.

Pregunta 12

¿Qué experiencias le gustaría resaltar en el curso de diseñar, dirigir y entregar el programa Exordio y otros cursos similares que va impartiendo?

Creo que genéricamente tengo ciertas aptitudes para enseñar. Durante mi propio tiempo de estudiante siempre era algo crítico con mis maestros, aunque no lo expresé exteriormente. Sin embargo, mantuve un librito en el que escribía todas mis observaciones respecto a lo que era bueno y lo que no era tan bueno en la enseñanza a la que estaba expuesto. Aún tengo ese libro y en ocasiones lo leo para recordarme a mí mismo lo que es estar sentado en la silla de estudiante.

El primer gran proyecto que hice fue uno patrocinado por la Unión Benedictina en 1979 como preparación para el 1500 aniversario del nacimiento de san Benito. Esto se vino a llamar el programa de los *Estudios Benedictinos*. Constaba de ocho secciones que cubrían la mayoría de la *Regla* de san Benito y que podían ser trabajadas durante el curso de un año. Cada sección tenía tres partes. La primera era una presentación hecha por mí, la segunda era una presentación del P. David Tomlins, y la tercera era el procesamiento de ese material, realizado habitualmente por la Hna. Helen Lombard. Cada presentación iba complementada por una breve bibliografía de lecturas disponibles y por lo que nosotros llamábamos las páginas verdes, en las que poníamos a disposición de todos textos primarios y secundarios que aumentarían la comprensión de la parte de la *Regla* bajo consideración. Se daba por hecho que la mayoría no tendría fácil acceso a estos textos o artículos, y por eso los reimprimimos, a veces los adaptamos, otras los traducíamos. Cada una de estas secciones se espaciaban en el periodo de un mes. Y así, cualquiera que siguiera el programa podría, en el curso de un año, cubrir la mayor parte de la *Regla*.

Había, tal como lo recuerdo, un alto tono de abogado defensor en mis presentaciones. Yo estaba haciendo mucho más que poner simplemente delante de los participantes los resultados de un trabajo reciente sobre la *Regla*; también trataba de convencerlos de que la *Regla* era una notable fuente de inspiración y motivación para vivir la vida monástica hoy. Así que era el caso de emplear cierto tipo de interpretación existencial. El sentido implícito era siempre este: “Escuchad esto, porque tiene relevancia en la vida que vais a vivir cada día; puede ayudaros a vivir de mejor modo y puede inspiraros para buscar las metas que habéis considerado más intensamente”. El programa se llevó a cabo en todas las comunidades benedictinas en Australia y Nueva Zelanda y se dio a conocer en los países de lengua inglesa, fue reeditado en Irlanda y llegó a muchos monasterios situados en el tercer mundo, como era conocido entonces. Recientemente, y bajo los auspicios de A. I. M., se ha publicado de forma actualizada como un libro por los benedictinos de San Ottilien; ha sido publicado en alemán y está siendo actualmente traducido al francés. Yo me resistí a esta movida durante mucho tiempo, principalmente porque pensaba que el material estaba más bien desfasado, sobre todo por haber sido recopilado en 1979. Al final sucumbí a la presión y accedí, y con la ayuda de un equipo nos pusimos a actualizarlo lo mejor que pudimos, sin tener que reescribir todo el programa. Se omitió en el libro el material suplementario y las hojas de trabajo.

La segunda aventura como esta en la que participé fue en el *Institute of Cistercian Patrimony* (Instituto del Patrimonio Cisterciense). Esta iniciativa resultó de una reunión que tuve en Sudamérica. Había sido invitado para hablar en la reunión regional sobre el tema de la formación, y durante el curso de mis conferencias comenté que era perfectamente posible organizar un curso de estudio que durara unas seis semanas en el que la gente obtendría una base suficiente de la tradición cisterciense como para poder seguir trabajando en sus propios

monasterios e impartir una buena fundamentación a los que vinieran. Más tarde me di cuenta de que había una pequeña reunión en curso a la que no había sido invitado, y sospeché que había hablado demasiado. Efectivamente. Lo siguiente que supe fue que me ofrecieron la oportunidad de dar el tal programa en un periodo de seis semanas en México para los formadores de Sudamérica. Y así nació el primer *Institute of Cistercian Patrimony*.

El segundo tuvo lugar en Císter en 1997, el tercero tuvo lugar en Viaceli en 2001; creo recordar. Cada vez avanzaba más el formato de las sesiones. El deseo era dar a cada participante una buena información general sobre todo el campo de escritura cisterciense de los siglos XII y XIII. También tenía un componente pedagógico. El objetivo era no solo darles familiaridad con los recursos, sino también mostrar a los estudiantes cómo enseñar esto y usar sus conocimientos con un mínimo de esfuerzo y un máximo de efectividad. Cada uno de ellos tenía que hacer una presentación y recibir comentarios sobre lo que había hecho. Después de eso empezamos a planificar una sesión más del *Instituto*; pero tuvo que ser cancelada por falta de interés. De alguna manera su lugar ha sido asumido por *Monastic Formators Program* (Programa de Formadores Monásticos) en Roma, en cuya planificación yo participé a la vuelta del milenio y he contribuido en cada sesión desde entonces.

Posteriormente formé parte de un pequeño grupo que examinaba modos para celebrar el IX Centenario de la fundación de nuestra Orden. Con mi experiencia de *Benedictine Studies* (Estudios Benedictinos) en 1979 yo hice la sugerencia de que quizás la mejor manera de alcanzar un efecto permanente del centenario sería, más que celebraciones exteriores, ofrecer un curso que introdujera o re-introdujera a monjes y monjas a los textos básicos de nuestra tradición y explicarles los valores contenidos en esos textos. La respuesta fue que supondría mucho trabajo y muy poco tiempo para hacerlo. Así que dije: “Yo lo haré”. Fue una terrible presión producir un mes tras otro cada sesión, pero lo hice. Fue durante los primeros días del correo electrónico, de modo que en cuanto terminaba el texto lo mandaba a varias personas, que luego lo traducían a varios idiomas; así que también para ellos fue una terrible presión. En este *Programa Exordium* yo tenía tres objetivos principales: uno, situar la reforma cisterciense en el contexto del periodo en el que sucedió y las personalidades que estuvieron implicadas en la misma; segundo, leer los textos más importantes minuciosa y analíticamente; y, tercero, reflexionar más sistemáticamente sobre los valores ahora y en esos textos. Fui ayudado mucho por el hecho de que el Padre Chrysogonus Waddell había estado trabajando en este campo en toda la Orden desde 1983.

Lo que fue afianzándose en mí con la planificación y ejecución de estos proyectos fue la necesidad de organización. El conocimiento es absolutamente importante, no se puede enseñar si no se sabe nada sobre el tema. El entusiasmo es un tanto importante. Pero lo más importante, me parece a mí, es que el maestro o maestra se pongan en el lugar del estudiante, tratando de presentar el material de forma que tenga sentido para la persona que lo ve por primera vez. Así que no es asunto de presentarlo a la manera de una corriente de conocimientos, sino que debería haber metas para el curso y objetivos para cada parte del mismo. Esto se ve en muchas universidades hoy en día. En el prospecto de un curso particular se verá algo así como esto: “Después de finalizar este curso tendrá Ud. un conocimiento general de la vida en Atenas en el siglo V y alguna experiencia de los principales pensadores de aquel tiempo”. Estoy a favor de la enseñanza heurística; pero para que tenga éxito tiene que haber barreras, de otra manera las energías se dispersan de tal modo que se logra poco aprendizaje permanente.

Pregunta 13

Si tuviera que organizar un curso para monjes del siglo XXI, en el que ya estamos, ¿qué temas consideraría más relevantes y urgentes, tal y como está la situación de vida monástica hoy día?

Recuerdo que cuando un grupo de secretarios de formación se reunieron en el monasterio de Chambarand para elaborar un borrador de la *Ratio Institutionis* para el Capítulo General de 1987, recibimos sugerencias de todas las regiones concernientes a los cursos apropiados que dar a los recién llegados. Recuerdo, en particular, la propuesta de la región española. Contenía una lista de temas muy exhaustivo y agotador, que tendrían que ser desarrollado para monjes y monjas jóvenes en los primeros años de su vida monástica. Fue bastante abrumador. He estado en muchas reuniones de formadores monásticos desde entonces y existe una tendencia constante a querer elaborar listas de temas y cursos de educación monástica.

El problema es que no tenemos una gran gama de recursos como tienen las universidades. Primeramente, estamos limitados por la disponibilidad de maestros. Segundo, no todas las comunidades están dispuestas a dar apoyo incondicional a un programa global de educación monástica, pues hay mucho trabajo que realizar. Tercero, no todos los que ingresan en nuestros monasterios se sienten encantados al descubrir que hay ante ellos un sólido bloque de años ante ellos dedicado al estudio sistemático. Cuarto, ¿qué estamos tratando de hacer? ¿Estamos tratando de dar a monjes y monjas el tipo de formación que será de ayuda para ellos durante el resto de sus vidas, o estamos simplemente tratando de darles una educación comparable a la que podría encontrarse en seminarios?

Aún cuando dividiéramos el programa de educación monástica en dos corrientes: una corriente monástica y una corriente más general o teológica y filosófica, y dedicáramos nuestra mayor atención a educar sobre el monacato, el campo potencial de estudio sería vasto. Si tenemos en cuenta cinco, seis o siete años antes de la profesión solemne, entonces, aun el plan de estudios más organizado se va a topar con limitaciones. Un año sobre el monacato prebenedictino, un año para la *Regla*, un año para la reforma cisterciense, un año sobre Bernardo de Claraval, un año para los otros monjes y monjas de los siglos XII y XIII, un año para la historia cisterciense -incluyendo la reforma de la Trapa y qué ha estado pasando en los últimos cincuenta años-, un año para las Constituciones... ¿Cuánto tiempo queda? Incluso si tenemos éxito integrando la espiritualidad en estos cursos, como espero que hiciéramos, no estamos haciendo más que arañar la superficie de un tema que tiene enorme implicaciones para la vida cotidiana.

Tenemos que recordar que la educación monástica solo es parte de la formación que reciben los recién llegados. Ellos son formados principalmente por la participación en la vida fraterna de la comunidad y en el uso de los medios monásticos: las observancias que son características en nuestra forma de vida. También es importante que reciban ayuda mediante la relación con el formador: acompañamiento, consejo, tutoría, modelando y formando. De una manera u otra la educación monástica tiene que asentarse junto a estos dos recursos más significativos de formación; tiene que motivarlos y ayudar a hacerlos más significativos, y también tiene que darle al recién llegado la posibilidad de continuar con su espiritualidad monástica como proyecto personal para el resto de sus vidas.

Así, yo entiendo que debe haber un marco básico para darle estructura a nuestra instrucción; pero lo que realmente estamos tratando de hacer es conseguir de jóvenes monjes y monjas amantes del conocimiento, amantes de la lectura, gente que comprenda la riqueza de la tradición monástica y desea participar en lo que tenga que ofrecer, y pasárselo a la

generación siguiente. De manera que siempre tiene que haber un elemento de aprendizaje heurístico por el cual la gente se sienta animada, no simplemente a recibir lo que se les está dando, sino para emprender la aventura de nuevo aprendizaje, de moverse en la dirección a la que se sientan atraídos y que de alguna manera a sostiene su propio fuego interior.

Está claro que lo que yo veo como más importante y mejor educación monástica es animar a los jóvenes monjes y monjas a ser alumnos de la tradición. Pero me ha preguntado qué temas deberían ser obligatorios para los que entran a un monasterio. Tan pronto como se empieza a hacer listas, estas siguen haciéndose más largas; cada vez se lee la lista se pretende añadir una o dos cosas más. A menudo pienso en la educación monástica en términos de *¡degustación!* Tendría que ser una prueba de toda clase de diferentes alimentos y diferentes gustos para que la gente pudiera empezar a comprender dónde puede encontrar nutrición en el futuro.

Así que, cronológicamente sería algo así como esto: Los Padres del Desierto, Casiano, Evagrio Póntico, san Agustín, la *Regla* de San Benito en el contexto de la Regla del Maestro, (a esto hay que dedicarle mucho tiempo), Gregorio Magno (a quien Jean Leclercq llama el maestro de novicios de los primeros tiempos de Cîteaux, algo como el programa *Exordio*), Bernardo de Claraval, Guerrico de Igny, Elredo de Rieval, Beatriz de Nazareth, quizás Gertrudis la Magna, algo sobre la reforma de La Trapa y de Rancé, algo sobre Thomas Merton y algo sobre las Constituciones de 1990 y de dónde vinieron. Ahora bien, esta es solo la corriente monástica. Obviamente, también filosofía, teología, algo de psicología... ¿Ve Vd? Una vez que se empieza una lista esta continua aumentando; pero el tiempo y energía disponible permanece lo mismo.

Lo más importante es que el programa educativo del monasterio sea un medio de profundizar la relación entre los estudiantes y sus maestros, y entre los mismos estudiantes. La tarea de un maestro es encender un fuego. En algunos de los estudiantes se extinguirá rápidamente, pero en otros continuará ardiendo a lo largo de sus vidas. Así que es cuestión de darles la técnica y el interés y la confianza para hacerse con todo lo que pueda ayudarles a vivir la vida monástica, dondequiera que la encuentren. Yo esperaría que terminaran un programa de educación monástica mucho más vivos, intelectualmente, no solo con cierta curiosidad, sino también con la destreza para encontrar respuestas a las preguntas que ellos mismos se hagan. Si tienen idiomas extranjeros tanto mejor. Es importante que mantengan una gran familiaridad con la biblioteca de su monasterio, y cierta facilidad para encontrar lo que están buscando. Desde luego, muchos preferirán buscar respuestas en Internet y cuando tienen una pregunta, simplemente lo ponen en Google para satisfacer su curiosidad. Creo que Internet debería usarse en un monasterio con economía y disciplina; es muy fácil ser desviado del tema central por las muchas líneas de investigación que nos abre. Además, uno no puede estar seguro de la calidad de la información con que uno se encuentra. Un monje, o monja, que es buen lector encontrará que el hábito de la lectura sólida es algo que realza su vida y los mantiene fuera de travesuras. El título del libro de Jean Leclercq *The Love Of Learning And The Desire for God*⁷ me parece que resume bien la meta de la educación monástica.

Esperamos desarrollar un amor al aprendizaje en la gente, esperamos que darán todo su alcance a su deseo de Dios, y esperamos que, de forma algo misteriosa, su amor por el conocimiento y sus deseos de Dios coincidirán progresivamente.

⁷ JEAN LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana. El amor a las letras y el deseo de Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca 1967 [N. del T.].

PUBLICACIONES DE MICHAEL CASEY EN ESPAÑOL:

- *Hacia Dios: la vida de oración según la tradición occidental*, Ediciones Monte Casino, Burgos 1997, ISBN 978-84-86407-44-5.
- *EXORDIUM. Programa de reflexión y estudio sobre los valores de la Reforma Cisterciense*, curso para las comunidades cistercienses con motivo del IC Centenario de fundación de la Orden, 1998.
- *Aprendizaje en el monasterio*, Instituto del Patrimonio Cisterciense, Boletín mensual, mayo 1999, nº 1.
- *Císter, orígenes, ideales, historia*, Monasterio de Las Huelgas, Burgos, 2000.
- *Una guía para vivir en la verdad. Enseñanza de san Benito sobre la humildad*, ECUAM, 2006. Comentario al capítulo 7 de la Regla de san Benito.

EN CISTERCIUM:

- *El Patrimonio cisterciense y el nuevo monasticismo. Sobre la I Parte de las Constituciones*: XLIII (1991) 521-538.
- *Interpretación biográfica de la Vita Prima. Apuntes metodológicos*: XLVI (1994) 471-486.
- *El deseo y los deseos en la tradición occidental*, LX, nº 250 (2008) 103-138.

EN CUADERNOS MONÁSTICOS:

- *Un decálogo benedictino (1ª parte)*: Nº 181, Año XLVII, Abril – Junio, 2012; 2ª Parte: Nº 182, 2012.
- *Autonomía*
“Esta sensibilidad pastoral a la concreta realidad de la Comunidad –en su lucha por hacerse extraña al modo mundano de actuar y en su travesía hacia la Patria celestial– es lo que ofrece el mejor fundamento para los monasterios autónomos”, Nº 187, Año XLVIII, Octubre – Diciembre, 2013, 443-458.

Preguntas y traducción del inglés:
Francisco Rafael de Pascual, oco
Abadía de Viaceli, Pascua de 2015.
